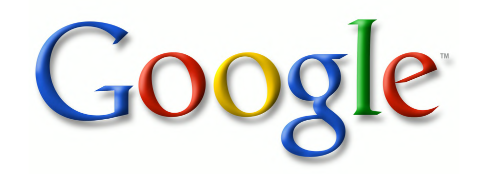


This is a digital copy of a book that was preserved for generations on library shelves before it was carefully scanned by Google as part of a project to make the world's books discoverable online.

It has survived long enough for the copyright to expire and the book to enter the public domain. A public domain book is one that was never subject to copyright or whose legal copyright term has expired. Whether a book is in the public domain may vary country to country. Public domain books are our gateways to the past, representing a wealth of history, culture and knowledge that's often difficult to discover.

Marks, notations and other marginalia present in the original volume will appear in this file - a reminder of this book's long journey from the publisher to a library and finally to you.

**Usage guidelines**

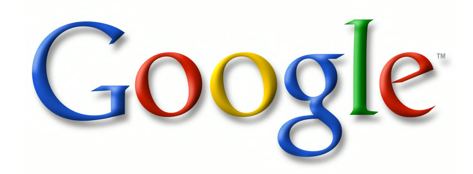
Google is proud to partner with libraries to digitize public domain materials and make them widely accessible. Public domain books belong to the public and we are merely their custodians. Nevertheless, this work is expensive, so in order to keep providing this resource, we have taken steps to prevent abuse by commercial parties, including placing technical restrictions on automated querying.

We also ask that you:

+ *Make non-commercial use of the files* We designed Google Book Search for use by individuals, and we request that you use these files for personal, non-commercial purposes.
+ *Refrain from automated querying* Do not send automated queries of any sort to Google's system: If you are conducting research on machine translation, optical character recognition or other areas where access to a large amount of text is helpful, please contact us. We encourage the use of public domain materials for these purposes and may be able to help.
+ *Maintain attribution* The Google "watermark" you see on each file is essential for informing people about this project and helping them find additional materials through Google Book Search. Please do not remove it.
+ *Keep it legal* Whatever your use, remember that you are responsible for ensuring that what you are doing is legal. Do not assume that just because we believe a book is in the public domain for users in the United States, that the work is also in the public domain for users in other countries. Whether a book is still in copyright varies from country to country, and we can't offer guidance on whether any specific use of any specific book is allowed. Please do not assume that a book's appearance in Google Book Search means it can be used in any manner anywhere in the world. Copyright infringement liability can be quite severe.

**About Google Book Search**

Google's mission is to organize the world's information and to make it universally accessible and useful. Google Book Search helps readers discover the world's books while helping authors and publishers reach new audiences. You can search through the full text of this book on the web at http://books.google.com/



## Acerca de este libro

Esta es una copia digital de un libro que, durante generaciones, se ha conservado en las estanterías de una biblioteca, hasta que Google ha decidido escanearlo como parte de un proyecto que pretende que sea posible descubrir en línea libros de todo el mundo.

Ha sobrevivido tantos años como para que los derechos de autor hayan expirado y el libro pase a ser de dominio público. El que un libro sea de dominio público significa que nunca ha estado protegido por derechos de autor, o bien que el período legal de estos derechos ya ha expirado. Es posible que una misma obra sea de dominio público en unos países y, sin embargo, no lo sea en otros. Los libros de dominio público son nuestras puertas hacia el pasado, suponen un patrimonio histórico, cultural y de conocimientos que, a menudo, resulta difícil de descubrir.

Todas las anotaciones, marcas y otras señales en los márgenes que estén presentes en el volumen original aparecerán también en este archivo como testimonio del largo viaje que el libro ha recorrido desde el editor hasta la biblioteca y, finalmente, hasta usted.

## Normas de uso

Google se enorgullece de poder colaborar con distintas bibliotecas para digitalizar los materiales de dominio público a fin de hacerlos accesibles a todo el mundo. Los libros de dominio público son patrimonio de todos, nosotros somos sus humildes guardianes. No obstante, se trata de un trabajo caro. Por este motivo, y para poder ofrecer este recurso, hemos tomado medidas para evitar que se produzca un abuso por parte de terceros con fines comerciales, y hemos incluido restricciones técnicas sobre las solicitudes automatizadas.

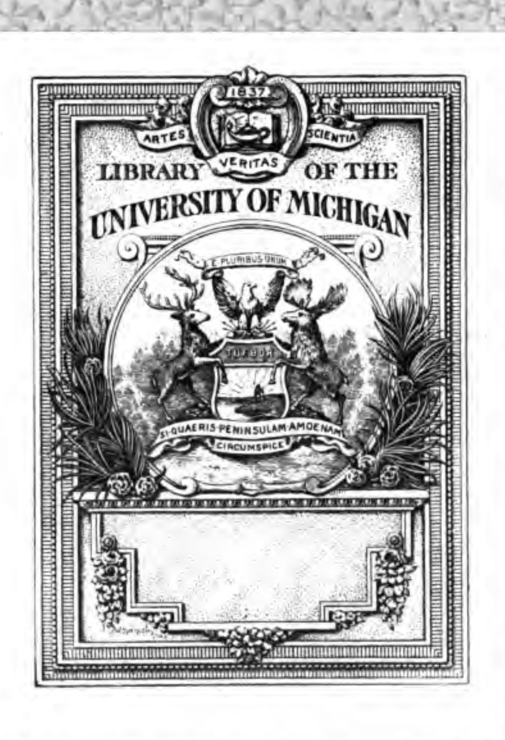
Asimismo, le pedimos que:

+ *Haga un uso exclusivamente no comercial de estos archivos* Hemos diseñado la Búsqueda de libros de Google para el uso de particulares; como tal, le pedimos que utilice estos archivos con fines personales, y no comerciales.
+ *No envíe solicitudes automatizadas* Por favor, no envíe solicitudes automatizadas de ningún tipo al sistema de Google. Si está llevando a cabo una investigación sobre traducción automática, reconocimiento óptico de caracteres u otros campos para los que resulte útil disfrutar de acceso a una gran cantidad de texto, por favor, envíenos un mensaje. Fomentamos el uso de materiales de dominio público con estos propósitos y seguro que podremos ayudarle.
+ *Conserve la atribución* La filigrana de Google que verá en todos los archivos es fundamental para informar a los usuarios sobre este proyecto y ayudarles a encontrar materiales adicionales en la Búsqueda de libros de Google. Por favor, no la elimine.
+ *Manténgase siempre dentro de la legalidad* Sea cual sea el uso que haga de estos materiales, recuerde que es responsable de asegurarse de que todo lo que hace es legal. No dé por sentado que, por el hecho de que una obra se considere de dominio público para los usuarios de los Estados Unidos, lo será también para los usuarios de otros países. La legislación sobre derechos de autor varía de un país a otro, y no podemos facilitar información sobre si está permitido un uso específico de algún libro. Por favor, no suponga que la aparición de un libro en nuestro programa significa que se puede utilizar de igual manera en todo el mundo. La responsabilidad ante la infracción de los derechos de autor puede ser muy grave.

## Acerca de la Búsqueda de libros de Google

El objetivo de Google consiste en organizar información procedente de todo el mundo y hacerla accesible y útil de forma universal. El programa de Búsqueda de libros de Google ayuda a los lectores a descubrir los libros de todo el mundo a la vez que ayuda a autores y editores a llegar a nuevas audiencias. Podrá realizar búsquedas en el texto completo de este libro en la web, en la página `http://books.google.com`


A 854,913



1837
ARTES
SCIENTIA
VERITAS
LIBRARY OF THE
UNIVERSITY OF MICHIGAN
E PLURIBUS UNUM
TUEBOR
SI QUAERIS PENINSULAM AMOENAM
CIRCUMSPICE

968
G196h
95-

Hombres del Norte

El porvenir de España

## DE VENTA EN LA MISMA LIBRERÍA

**Ganivet (Angel).**—*Cartas finlandesas.* Un tomo en 8.°, 3 pesetas.

— *La conquista del Reino de Naya por el último conquistador español Pío Cid.* Un tomo, 3 pesetas.

— *Los trabajos del infatigable creador Pío Cid.* Dos tomos, 6 pesetas.

— *Epistolario.* Prólogo de F. Navarro y Ledesma. Un tomo, 3,50 pesetas.

— *El escultor de su alma.* Drama místico en tres autos, 2 pesetas.

— *Granada la bella.* Un tomo en 8.°, 1,50 pesetas.

— *Idearium español.* Un tomo en 8.°, 2 pesetas.

ANGEL T. DE GANIVET—EDITOR

# Hombres del Norte
# El porvenir de España

POR

ANGEL GANIVET

MADRID
LIBRERÍA GENERAL DE VICTORIANO SUÁREZ
48, Preciados, 48
1905

Est. tip. de la Viuda é hijos de Tello, C. de San Francisco, 4.

# HOMBRES DEL NORTE

## JONAS LIE (1)

De las tres personalidades literarias que representan en Noruega el movimiento intelectual, que comienza á llamarse clásico, desde que han aparecido

(1) Una explicación debo á los lectores de las *Cartas finlandesas*, cuya serie quedó interrumpida en el examen del *Kalevala*. Para completarla, había pensado dedicar algunas más al estudio de la literatura y artes contemporáneas; pero estando muy ligado el movimiento intelectual de Finlandia al de Suecia y en general al de todos los países escandinavos, me ha parecido preferible tratar esta materia en algunos de estos esbozos críticos, que iré escribiendo como y cuando buenamente pueda. Y ya, puesto á dar explicaciones al lector, indicaré que con estos artículos sobre los hombres del Norte no pretendo introducir ninguna influencia nueva en las artes españolas. Mi idea es vulgarizar entre mis paisanos lo poco que sé de estos países y particularmente de su literatura.

280199

en escena los «jóvenes noruegos,» la menos conocida en Europa es Jonas Lie. Henrik Ibsen goza de una celebridad casi universal, y Bjornsterne Bjornson es conocido como autor dramático de tendencias modernistas y revolucionarias; la tercera persona del trío clásico, aunque también ha traspasado las fronteras de su país, figura en segundo término y es más citado por su nombre que por sus obras.

El juicio sobre la literatura de un país se ajusta necesariamente á dos perspectivas: hay una perspectiva interior, según la cual cada hombre ocupa el puesto que merece por la importancia nacional de su obra; y hay otra perspectiva exterior, que mide á las personalidades por el valor universal de sus ideas. Lie es un autor nacional, que en Noruega ha ejercido y ejerce mayor influencia quizás que Ibsen y Bjornson; pero que por su falta de tendencias doctrinales, por su desdén hacia las ruidosas innovaciones artísticas, carece de relieve para atraer la atención del público europeo,

más pagado del brillo de la novedad que del positivo mérito. Lie es el Pereda noruego, y sus obras, á causa del mismo vigor con que están adheridas al suelo del país por el que han sido inspiradas y para el que han sido escritas, se despegan de él difícilmente y no pueden remontar muy alto el vuelo. Hay, sin embargo, una diferencia entre Pereda y Lie: éste, ya que no disfrute de gran nombre literario en Europa, es leído, comprendido y admirado en todos los países escandinavos; en tanto que Pereda es considerado poco más que como un novelista regional en nuestra nación, y tiene que acompañar á veces sus libros de un vocabulario montañés para que le comprendan sus lectores de otras regiones; que á tal punto llega nuestra ignorancia y nuestra desidia, que hasta las cosas de nuestro propio país nos suenan á extranjeras en cuanto se apartan unos cuantos quilómetros del lugar de nuestro domicilio.

Lie no es un innovador ni un doctrinario: es un observador de las costum-

bres de su país y un escritor natural sin naturalismo. Sus obras son «sanas» tanto como buenas. Una amiga mía que conoce y trata á Lie, dice que éste no ha tenido nunca otro secretario que su propia mujer, por la pluma de la cual han pasado una á una todas las líneas que el maestro novelista ha escrito para el público; y como un hombre, por muy despreocupado que sea, suele guardar cierta compostura cuando se expresa delante de su familia, los libros de Lie tienen siempre un carácter comedido y ejemplar que le ponen al alcance de todo el mundo. Dato éste muy importante en la literatura noruega, en la que abundan los escritores desenfadados y aun obscenos, cuya fama comienza á formarse con libros que la policía tiene que recoger para que la moral pública no padezca. Lie se mantiene alejado de la lucha reformadora, en la que Ibsen y Bjornson han conseguido tantos lauros; vive casi siempre fuera de su país para verlo mejor, y escribe todos los años una novela que aparece indefectiblemente por Na-

vidad, como «julklapp» ó aguinaldo que el autor hace á sus lectores; éstos compran el libro y lo leen con delectación; y á veces lo compran para regalarlo, porque aquí en el Norte se regalan libros por Pascua, y hay una abundancia sorprendente de «julliteratur» ó literatura pascual para gloria y provecho de los que escriben. Yo no sé si esto es mejor que concentrar todos los afectos en el pavo y en el turrón; pero es así.

La personalidad literaria de Lie tiene varias fases, bien que la principal sea la de novelista, y en la de novelista la de autor de cuadros de costumbres. Como autor dramático ha escrito algunas obras como *Grabows Kat* y *Lystige Koner*, que no bastan para asignarle un papel importante en la literatura dramática noruega, tan abundante en obras magistrales. Y como novelista, su especialidad más saliente son las narraciones novelescas. Porque en el Norte es tan considerable el número de los escritores, que el género novelesco se subdivide en especialidades: hay cultivadores

del «sojoeroman» ó novela marítima, como si dijéramos, marinistas literarios; hay quien, como Kielland, consigue crearse una gran reputación escribiendo sólo novelas satíricas sobre la gente de negocios (*Garman Worse*, *Skeppar Worse*); otra variedad de las más importantes es la narración de aventuras fantásticas ó cuentos de hadas, que en el Norte despiertan gran entusiasmo; la novela de carácter religioso, la de costumbres literarias y muchas más. Lie es de los contados autores que abarcan los diversos géneros, y en el catálogo bastante crecido de sus obras no hay aspecto de la vida noruega que no se halle representado por una ó varias producciones. Como narración más íntima tiene su *Gaa paa* (*¡Ibala!*), y como maravilloso cuentista fantástico dos volúmenes de *Trold*, en los que la Noruega aparece al través de un encantamiento, poblada de gigantes y monos, geniecillos y brujas, no desprovistos de simbolismo. Este rasgo, así como la importancia extraordinaria que en estas na-

rraciones se da á las descripciones de la naturaleza, son los distintivos entre la fantasía del Norte y la de los cuentos árabes, con los que tiene el *Trold* cierta semejanza. Las creaciones fantásticas y alegóricas que tanto sirven para conservar en estos climas helados el espíritu poético territorial, son mal comprendidas por nosotros los meridionales; porque en una atmósfera clara y brillante como la nuestra, las figuras no se mantienen mucho tiempo á media luz, y bien pronto se contornean y aparecen á nuestros ojos con carácter más real y más humano. Para formar una idea aproximada del *Trold*, tenemos un ejemplo en los gnomos con que la fantasía genial de Zorrilla pobló nuestra Alhambra, único paraje quizás en toda España que se presta á servir de asilo á estas pequeñas tribus poéticas; y á pesar del tiempo transcurrido, aún no se sabe si los gnomos se aclimatarán, si lo que fué capricho de un poeta se convertirá en fecunda amalgama de lo oriental y lo septentrional en nuestro suelo.

Pero el carácter más saliente de la figura literaria de Jonas Lie hay que buscarlo en las novelas y cuadros de costumbres. Más formalistas que nosotros en este punto, los literatos del Norte diferencian la novela de la narración, y aplican el nombre de «fortoelling» ó «berraettelse» á narraciones que nosotros llamamos novelas, aunque no se ajusten á las reglas de la preceptiva. La mayor parte de las novelas de Lie son series de cuadros con unidad novelesca, en las que se describe la vida noruega observada desde diversos puntos de vista. *Thomas Ross*, *Adam Schrader*, *Rutland*, *Maissa Jons*, *Lodsen og lians hustru* (*Lodsen y su mujer*), *Onde magter* (*Fuerzas maléficas*), *Livsslaven* (*Esclavo de la vida*), no son más que cuadros de la vida en los que va desfilando toda la sociedad noruega, desde las clases llamadas directores hasta el proletariado.

Los tipos preferentemente estudiados por Lie y los que interpreta con mayor acierto son los de mujer; y las obras consagradas á la mujer, como *Famiyen paa*

*Gilje (La familia en Gilje), Kommandoerens doctre (Las hijas del comendador)* y *Niobe* (estas dos últimas tituladas ya novelas), son las más celebradas del fecundísimo autor noruego. Algunos de sus libros son, más que novelas, visiones ó contemplaciones en que lo esencial no son ni la acción ni los tipos, sino el sentimiento de la naturaleza. Sus diversos «foertaellinger y skildringer» de Noruega, y en particular su libro más popular, *Den Fremsyute (El clarividente),* son comparables á las *Escenas montañesas* y *Tipos y paisajes* de nuestro Pereda.

Lo menos importante en las obras de Lie es el asunto novelesco, porque su fuerza reside en la reproducción viva, fiel, sin realismo sistemático, de lo natural, siendo ésta la causa, como indico, de que sus novelas sean casi intraducibles y con dificultad apreciadas por quien no conozca la vida noruega. Sin embargo, en sus últimas novelas el asunto va adquiriendo gradualmente importancia y aun tendencia resueltamente contraria á las tendencias corrientes en

esta literatura. En su reciente narración *Naar sol gaar ned (Cuando el sol se pone)*, estudia uno de los problemas más debatidos en la actualidad, el del adulterio, con vistas á la emancipación femenina. Cerca de Cristianía vive la familia del doctor Grunth, médico militar: el doctor; su mujer, llamada Stefanía; sus hijos, y el padre del doctor, capitán de marina retirado. Este nota el primero la extraña conducta de su nuera, y pone al lector en autos de lo que ocurre; y el lector presencia el cuadro de una familia en la que poco á poco se va infiltrando, como germen de disolución, la traición conyugal.

El autor no habla del adulterio; pero lo describe por reflexión, siguiendo paso á paso las transformaciones que todos los miembros de la familia sufren bajo la sugestión de la falta cometida por la madre. El hijo huye de la casa; una de las hijas se niega á casarse, avergonzada por la afrenta de que su madre la hace víctima; por último, el doctor Grunth sabe que su esposa mantiene se-

cretas relaciones con el banquero Wingaard y toma inmediata venganza. Viene Stefanía á la cita convenida con el banquero, en una «villa» que ésta tiene sobre el «fjord» de Cristianía, y luego que bebe una copa de licor, que estaba allí dispuesto de antemano, cae presa de violentas convulsiones. El banquero corre en busca del doctor Grunth, que es el médico que hay más á mano, y le explica cómo su mujer se ha puesto súbitamente enferma y ha tenido que refugiarse en la «villa» para que allí le presten auxilio. Acude el doctor; pero es demasiado tarde: su pobre esposa ha muerto ya, á consecuencia de la ruptura de un aneurisma, según el mismo esposo declara.

Sólo el padre del doctor sabe la verdad, porque su hijo le dice al volver: «Ha tenido lugar un juicio de Dios, y Dios ha juzgado.» Así «ventila» su casa el doctor Grunth. No sabemos lo que hubiera hecho de hallarse en el caso de Helmer, el esposo de Nora; pero probablemente no le hubiera dejado marchar-

se y abandonar la familia. El caso no es el mismo, porque Stefanía no se emancipa, sino que engaña; pero en la ejecución fulminante de la adúltera se nota el poco caso que Lie hace de las alharacas del feminismo, patrocinadas por Bjornson.

Con más franqueza se declara en contra del nuevo estado social, creado en Noruega por los reformadores, en su «nutidsroman» ó novela contemporánea *Niobe*. En esta obra pone Lie frente á frente dos sociedades: la antigua, «de su tiempo,» representada por un matrimonio honrado y trabajador que, sin meterse en honduras ni reformas ni novelerías, gana una fortuna regular, suficiente para vivir á la buena de Dios; y la moderna y flamante, simbolizada por seis hijos de ese matrimonio, los cuales conforme van creciendo van haciéndose buenos los unos á los otros, de puro malos que todos son. De los varones, el uno es un desequilibrado, reformador de la humanidad; el otro es un John Gabriel Borkmann en embrión, es decir,

un loco atacado de la manía de las grandezas económicas; y el último es aficionado al estudio de las substancias explosivas, y prepara sin saberlo la espantosa catástrofe final. En cuanto á las niñas, están al corriente de todas las «nuevas ideas,» y una no se para en las ideas, sino que es entusiasta del amor libre. El conflicto se presenta porque el segundo de los hijos, comprometido en malos negocios, va á declararse en quiebra. El padre no puede soportar esta deshonra, y dejándose llevar de un arrebato momentáneo, prende fuego á los depósitos de madera de su hijo para que el incendio encubra la bancarrota. Después de cometer el atentado, se envenena. La madre pretende entonces hacer frente á la situación; pero cuando, reunidos todos sus hijos, ve que ninguno es capaz de ayudarle y que todo está perdido, incluso el honor, penetra en una habitación, donde su hijo, el anarquista en agraz, guarda algunos cartuchos de dinamita. A poco la casa vuela, y ella con sus hijos queda sepultada en los escombros.

«Riete,» como el doctor Grunth, no se ha andado con rodeos, y la juventud noruega ha sufrido su correspondiente juicio de Dios. Lie es un hombre expeditivo.

No es Lie un espíritu muy feliz para inventar y sostener una complicada urdimbre novelesca, y no sería difícil hallar en algunas de sus obras ciertos puntos de semejanza con las de autores extranjeros; sin embargo, esto es de valor accidental, puesto que lo característico en él es el realismo pictórico y delicado, al modo de Daudet, no la fuerza de inventiva ni la acción complicada ni la habilidad en el manejo de los muñecos. Sus obras más perfectas son las más sencillas. Después de *Naar sol gaar ned*, publicada en 1895, vinieron *Dyre Rein*, el 96, y *Landelin*, que acaba de salir á luz; pues á pesar de sus setenta años, Lie escribe tan fresca y metódicamente como hace treinta. *Dyre Rein*, en historia «fra eldefars hus» (historia del tiempo de nuestros abuelos), es un modelo de novela al estilo de Lie. La acción

está explicada en dos palabras. El juez Orning vive en un retiro arrinconado, escondido en las montañas, con su mujer y cinco hijas. La menor, Mareta, está prometida á uno de los empleados del tribunal, llamado Dyre Rein; y entre ambos se desarrolla el «idilio trágico,» que así debía titularse esta novela, con mejor razón que *Un idilio trágico*, de Bourget. Porque Dyre Rein, naturaleza poco comprensible para nosotros, es un pietista, un espíritu dominado por la alucinación religiosa y el terror á los castigos sobrenaturales. Uno de sus antepasados cometió un crimen que quedó impune, y Dyre Rein cree que él ha de sufrir el castigo, puesto que, según la Escritura, las faltas de los padres caen sobre los hijos y se transmiten de generación en generación. Dyre Rein lucha entre su amor á Mareta y su temor de asociarla á la pena irremediable á que se siente condenado, y la noche antes de la boda se suicida arrojándose á un torrente. No puede darse más simplicidad en el argumento, y, sin embargo, basta pa-

ra animar una admirable evocación: una reconstrucción de la vida, y no á la manera de los antiguos cultivadores de la novela histórica, sino penetrando más hondo y pasando del parecido exterior de las figuras y ropajes á otro más esencial, el del espíritu, en lo que contados artistas aciertan.

Jonas Lie es el tipo de esos literatos ejemplares que, sin pretensiones de renovar ni el arte ni las ideas, aceptan una forma que se ajuste á su modo de ver personal, y se aplican á dar cuerpo á la sociedad en que viven. Si alguna vez se aparta de su época, no es para profetizar ni para adelantarse á los acontecimientos: es para dar algunos pasos ateos y lamentarse de las cosas buenas que se fueron. Examinando uno á uno sus libros, ninguno nos hará pensar que su autor es un genio extraordinario; pero vista la obra en conjunto, hay en ella materiales para conocer plenamente la vida noruega durante un siglo, y quien tal hace tiene derecho á que se le considere como una figura literaria de primer or-

den y méritos para ocupar en el porvenir un puesto más alto que el que ocupan muchos meteoros del arte que en Noruega, y en otros países que no son Noruega, deslumbran durante algún tiempo con el brillo de una originalidad enfermiza, y desaparecen luego dejando tras de sí una obra obscura é inútil.

## BJORNSTERNE BJORNSON

Uno de los críticos más reputados de Europa y el más autorizado de toda Escandinavia, el doctor Georg Brandes, en sus estudios literarios sobre las figuras más salientes de nuestro siglo, coleccionados bajo el título de *Moderne Gelster (Espíritus modernos)*, ha trazado el siguiente paralelo entre los dos escritores más célebres de Noruega, Ibsen y Bjornson:

«Henrik Ibsen es un poeta austero, como los viejos poetas del pueblo de Israel; Bjornson es un profeta, el profético anunciador de tiempos mejores. En el fondo de su espíritu, es Ibsen un poderoso revolucionario. En la *Comedia del amor*, en *Casa de muñeca*, en *Espectros*, fustiga el matrimonio; en *Braud*, la Iglesia del Estado; en los *Puntales de la sociedad*, la sociedad burguesa de su país.

Cuanto toca queda destruído bajo su crítica honda é implacable, sin que sobre los montones de ruínas que su pluma va dejando se vea aparecer ninguna forma nueva de organización social. Bjornson es un espíritu conciliador, que hace la guerra sin saña. Pudiera decirse que sobre sus poesías luce un sol primaveral, mientras que las obras de Ibsen, con su profunda gravedad, permanecen ocultas en la sombra. Ibsen ama la idea, las consecuencias lógica y psicológica que impulsan á Braud á salir de la iglesia y á Nora á abandonar el hogar doméstico. El amor á las ideas en Ibsen se traduce por amor á la humanidad en Bjornson.»

Este juicio fué escrito en 1882, cuando Bjornson era considerado como jefe de la literatura noruega, é Ibsen casi como un extranjero: hoy es Ibsen el maestro y amo indiscutible, y el mismo Brandes no se atrevería á compararlo de igual á igual con Bjornson; pero los caracteres asignados á ambos continúan siendo los mismos, y las facultades proféticas de

Bjornson más bien se han acentuado, bien que ahora no anuncien lo mismo que antes anunciaban.

Conocí yo á un diplomático que tenía también la manía de profetizar y que lo conseguía con buen éxito por un medio muy sencillo. Ocurría alguna novedad de la que tuviera que dar cuenta al Gobierno de su país (no diré de qué país), y en vez de dar la noticia como los demás mortales, se valía de un hábil rodeo. Anunciaba primero con dos ó tres fechas atrasadas que tal cosa iba á ocurrir, fundándola en ciertos detalles que exponía con gran sagacidad, y después recibía una segunda comunicación en la que hacía ver cómo sus anuncios proféticos puntualmente se habían realizado. Fácil es precaverse contra estos engaños, con sólo mirar la fecha del sello del correo; pero es más fácil que se olvide mirar, y hay quien utiliza estos pequeños olvidos del prójimo para ganar fama de adivino.

Cuando Noruega se separó de Dinamarca, comenzó brutalmente á tomar

cuerpo el movimiento nacional iniciado por Welhaven y Wergeland, y proseguido por Bjornson, Ibsen y tantos otros hasta nuestros días. A todos estos iniciadores pudiera aplicárseles la anécdota que se atribuye á Wergeland, «el sembrador,» del cual se dice que llevaba los bolsillos llenos de semillas para irlas esparciendo por todas partes, é indicar así plásticamente la necesidad de sembrar ideas en aquel país atrasado y miserable. En realidad lo que se hizo fué sacar á Noruega de la influencia danesa, y mejor pudiera decirse germánica, y sembrar las ideas de la Revolución francesa, colocando al país bajo la égida intelectual de Francia. Y así como el que siembra una haza de melones no necesita ser profeta para anunciar que allí nacerán melones y no calabazas, así los que sembraron las ideas de la Revolución sabían perfectamente que nacería, como había nacido en otros países, un movimiento democrático que no pararía hasta conseguir las libertades políticas y la emancipación de la mujer y de la cla-

se obrera; del mismo modo que hoy, que se ve venir la inevitable corrección de ciertos excesos, se puede también profetizar en sentido reaccionario. La revolución en Noruega ha sido intelectual, y los escritores que la han dirigido sabían lo que iba á ocurrir, puesto que ellos mismos eran los autores. Bjornson, que ha sido el portavoz ó portapluma de todas las reivindicaciones, escribía no há mucho rectificándose: «La literatura individualista ha concluído ya su misión. A ella somos deudores de la emancipación de la mujer y de los esfuerzos para emancipar al obrero; por ella se ha despertado el sentimiento de la responsabilidad personal, y se han abierto nuevos horizontes al pensamiento humano y á nuestra concepción de la sociedad. Ahora debe esta literatura corregir los excesos que ella misma ha creado. Es cierto, con entera certeza, que un individualismo sin freno podría llevarnos á la brutal anarquía, al sensualismo, á las dudas de la decadencia, al desprecio de la libertad, del trabajo, de la verdad y

de la ciencia, á no dejarnos otro refugio que un misticismo vago, una especie de entretenimiento malsano con lo infinito.»

He traducido este párrafo, no sólo para dar á conocer la especial fraseología de Bjornson, sino porque en éste hay que marcar dos personalidades: la del innovador literario, y la del jefe de partido. Bjornson es un propagandista político y tribuno de la plebe, y después que hizo su viaje á los Estados Unidos para aprender el arte de agitar á las masas, podría competir con los más resistentes demagogos. Su padre era párroco de aldea, y del padre heredó el hijo la vocación de misionero láico y el espíritu religioso que en él no es formalismo convencional, sino sentimiento sincero. A pesar de su independencia de ideas, se citan de él rasgos tan curiosos como un discurso pronunciado á raíz de la guerra franco-prusiana, en el que explicó la derrota de los franceses como un castigo impuesto por Dios á su descreimiento y frivolidad, y el triunfo de los alemanes

como una recompensa de la piedad luterana.

Como político y como escritor, Bjornson es un romántico, y si con alguien se le puede comparar es con Víctor Hugo, aunque el noruego es un Víctor Hugo de segundo orden. La idea principal de Bjornson fué constantemente convertir á su país en un factor importante de la cultura europea: de aquí sus trabajos múltiples, encaminados á crear en su país una cultura á la moderna. Desde sus comienzos aparece Bjornson con este carácter, cultivando simultáneamente la novela, la poesía lírica y los diversos géneros dramáticos, y dando casi siempre más importancia que á las obras á la misión social que él les asigna. Las narraciones ó novelas cortas con que comenzó su vida literaria, fueron como la revelación del hombre noruego, de un tipo real en oposición al artificioso de la literatura amanerada. Sus *Fortaellinger* no son cuadros pictóricos: son más bien comparables á las *bauernnovellen* de Auerbach, aunque Bjornson se identifica

más con sus tipos; tanto, que en la más popular de estas narraciones, *Synnove Solbakken*, el héroe Thorbjon es el mismo Bjornson, el cual antes de escribir había vivido la misma vida de los campesinos noruegos. En un renacimiento literario es esencial que el punto de arranque esté en el mismo suelo de la nación, y que los tipos iniciales sean tipos del pueblo, vistos como son, no idealizados y falseados al modo de los pastores de idilio y los campesinos de cromo. Sólo cuando en una literatura abundan estos tipos reales, nativos, se puede confiar en un florecimiento artístico fecundo y durable; y la literatura noruega debe á Bjornson el descubrimiento del verdadero carácter nacional, revelado, no sólo en sus *Narraciones*, sino en sus poesías, y en general en todas las obras de su primera época. Sus poesías aventajan á las de sus predecesores Oehlenschlager, Tegner y el mismo Wergeland, en que están más cerca del espíritu popular. Bjornson ha escrito poemas de gran empuje, como su trilogía

de *Sigurd;* pero sus mejores poesías son las baladas y canciones, algunas de las cuales se han convertido ya en canciones populares, que todo el mundo conoce. Entre sus poemas, se cita como el mejor el de *Bergliot*, de asunto trágico. Bergliot es la esposa del caudillo Einar Tambarskelve, el cual, juntamente con su único hijo, ha sido vilmente asesinado; y el asunto del poema es la lamentación de la viuda y el lúgubre viaje que emprende llevando consigo los dos muertos amados. Hay en esta marcha algo que recuerda el final del *Erlkonig*, de Gœthe, aunque en *Bergliot* es más cruda y más tosca la expresión del dolor, porque Bjornson es un poeta natural que no busca la forma, sino que se expresa con espontaneidad.

Al mismo tiempo que como narrador y poeta se daba á conocer como autor dramático. Ha sido diferentes veces director de teatros, y aun se dice que podría ser un actor notable. Aunque había escrito varias obras escénicas, las primeras, representadas con buen éxito,

fueron un drama histórico ó arreglo melodramático de un asunto tan conocido como la vida de María Estuardo *(Maria Stuart y Skotland)*, y la comedia *De nygifte (Los recién casados)*. En la primera serie de trabajos de Bjornson puede decirse que los más endebles son los teatrales, y, sin embargo, en la escena debía alcanzar su personalidad literaria el renombre de que hoy goza. Débese esto á la influencia de Ibsen, á la nueva dirección que éste dió al teatro. Bjornson es hombre de acción, más interesado en reformar y mejorar la sociedad que en componer obras de arte.

En su opinión, un libro que no edifica ni destruye, que no alienta al hombre en su lucha por la vida ni le hace la vida más fácil, es un libro inútil. Rechaza la doctrina de la moral en el arte; pero no para dar en la del arte por el arte, sino para caer en un arte filantrópico, que, á mi juicio, es el medio de encubrir bajo la capa del humanitarismo la importancia para crear obras de arte puro.

Al aparecer el drama de tesis, Bjornson halló su instrumento de combate y se consagró casi exclusivamente al teatro. Escribe algunas poesías y trabajos novelescos (*Kaptejn Mausana*, relato de Italia; *Magnhild)*, pero de carácter distinto que el de las primitivas narraciones. En *Magnhild*, por ejemplo, el autor presenta varios tipos falsos, con los que demuestra que hay que prescindir de la moral de la sociedad y atenerse á la moral humana, y que la mujer tiene el derecho y aun el deber de romper los lazos matrimoniales para poner á salvo su dignidad moral. Por el estilo son sus comedias á la moderna. La primera fué *En fallit (Una quiebra)*, dedicada á fustigar á la gente de negocios. El estreno de *En fallit* fué en Noruega algo por el estilo del estreno de *El tanto por ciento*, de Ayala, en España: fué la aparición oficial en el teatro del mercantilismo de nuestro tiempo, con todos sus abusos y miserias.

A *Una quiebra*, que es la obra más teatral de Bjornson, siguieron *Redakto-*

*ren (El redactor)*, destinado á vapulear fuertemente á la prensa; *Kongen (El rey)*, consagrado á demostrar que un rey, aunque sea bueno, tiene que influir perniciosamente en la sociedad, por la misma naturaleza de la institución monárquica; *Leonarda*, crítica general de la sociedad noruega; *En hanske (Un guante)*, donde se defiende la graciosa teoría de que la mujer debe estar convenientemente instruída para saber si su futuro llega al matrimonio en «estado de inocencia.»

Yo confieso ser poco aficionado á las comedias demostrativas; y si me dijeran cuál entre todas las de Bjornson me parece preferible, diría que ninguna de las representadas á partir de *La quiebra* vale lo que la pequeña comedia *De nygifte*, que cité antes, en la cual no se demuestra ni se fustiga ni se combate nada. El asunto de *Los recién casados* es sencillo. Laura y Axel se casan, y Axel exige, como es natural, que su esposa sea su esposa. Pero Laura, que ama más á sus padres que á su marido, con quien

se ha casado, más por seguir la rutina que por verdadero amor, no quiere dejar la casa paterna. Hay en Laura un conflicto entre dos amores: el amor á sus padres, que es el más fuerte, y el amor á su marido, que aunque existe no logra salir á luz. Axel, apoyado en su derecho, saca violentamente á Laura de la casa paterna; y para conseguir su intento de hacer comprender á su esposa lo que es el amor conyugal, se sirve de un intermediario escénico, de Matilde, «la amiga de la casa,» que acompaña á los recién casados, y que á modo de portera, con su ingeniosa intervención, consigue que Laura dé á luz su amor, y se arroje por fin en brazos de su esposo. Hay en esta comedia más artificio que psicología; pero el asunto me parece más legítimamente teatral que la demostracion de que el negociante no debe arriesgar el dinero que le confían sus clientes, ó de que el periodista no debe engañar á sus lectores.

Aún no he dicho nada de la última obra de Bjornson, *Over Aevne (Sobre*

*las fuerzas*, es decir, *más allá de nuestro poder)*, cuya primera parte data de 1883, y en la que el autor ha querido sin duda decir algo más transcendental que en todas sus obras precedentes. La primera parte de *Over Aevne* es religiosa: versa sobre el milagro. El personaje principal es Sang, un creyente en toda la extensión de la palabra; un espíritu religioso, místico, casi iluminado por su ideal de virtud, pureza y santidad. Además de Sang, figuran su mujer Klara, que está paralítica; sus dos hijos Rakel y Elías, y Hanna, hermana de Klara. Después de algunas escenas en que son presentados los personajes, Sang, que no es creyente fanático, sino piadoso y tolerante con los que no participan de su fe, anuncia que va á la iglesia á rezar y á pedirle á Dios un milagro: que envíe á la pobre paralítica un sueño reparador, y tras el sueño la salud. Todos se quedan suspensos ante aquel anuncio: vase Sang, y á poco se oye la campana de la iglesia y Klara se queda dormida. *¡Mor sover!* (¡madre duerme!) repiten sin ce-

sar Elías y Rakel, y el acto termina con este abejorreo que recuerda algo el estilo incoherente de *La intrusa,* de Maeterlinck. El segundo y último acto es la discusión del milagro, como una confrontación del hecho sobrenatural con el espíritu de la Iglesia constituída; además de los personajes del primer acto, aparecen, entre otros, el pastor Brett (el desconocido), el obispo y un coro sacerdotal. Se oye un ¡aleluya! lejano, y todos lo repiten de rodillas. En este momento solemne aparece Klara; andando lentamente y dirigiéndose á su esposo, le dice: «Ven á mí, amado mío,» y cae muerta. Sang acude á sostenerla y exclama con tono infantil: «Pero ésta no era la intención...» Y cae muerto también.

Y el lector se queda sin saber si ha habido, en vez de verdadero milagro, una doble muerte por sugestión, producida por el exaltado misticismo de Sang, ó si el milagro está en que la salud que él pedía sólo se halla en la muerte.

La segunda parte de *Over Aevne* es

socialista. Los hijos de Sang tienen el idealismo, pero no la fe del padre, y su idealismo se transforma en acción. Rakel se consagra á cuidar enfermos, y Elías se convierte en redentor de la clase obrera. Organiza la resistencia de los obreros contra los fabricantes; reúnense éstos en un palacio para formar una liga contra los trabajadores, y entonces Elías, imitando el ejemplo de su padre, se ofrece á sacrificarse por sus compañeros volando el palacio con dinamita. De esta suerte presenta Bjornson en su drama una doble tesis contradictoria; pues de un lado ofrece un cuadro de la lucha entre capitalistas y trabajadores y se hace eco de las reivindicaciones del proletariado, y del otro, convirtiendo á Elías en anarquista, demuestra los peligros que se corren al transformar un principio en acción. Todo esto sería más propio para tratado en un libro ó en un folleto que en un drama; pero las corrientes de la época llevan al teatro las cuestiones sociales, y no hay país que no tenga su correspondiente «drama del so-

cialismo.» No há mucho se estrenó en París el drama de Octavio Mirbeau, *Les mauvais bergers*, que tiene algunos puntos de semejanza con el de Bjornson, aunque el de Mirbeau tiene más realidad y más jugo, y no se halla tan recargado de «doctrina.» Muy superior á ambos me parece el de Hauptmann, *Die Weber* (*Los tejedores*). Hay en éste algunos personajes tendenciosos, como Jager, el militar que vuelve al pueblo y dirige la asonada popular, puesto allí sin duda para marcar cierto enlace entre el ejército y el pueblo; como el viejo Hilse, el obrero que predica la resignación y no quiere luchar, y al que una bala perdida le mata en su casa, puesto asimismo para indicar que nada se gana con la resignación; pero en conjunto el drama alemán es el más «dramático,» y acaso dentro de un siglo, cuando cambie el estado social, pueda ser representado y aplaudido como un hermoso drama histórico. El drama del socialismo de Bjornson es el más seco y el menos humano: Elías, á pesar de ser hijo de

Sang, me parece inferior al *Juan José*, de Dicenta, en el que hay siquiera pasión, aunque sea del género sanguinario.

No es fácil dar á conocer en un artículo á una personalidad tan compleja y á ratos abigarrada como la de Bjornson, el cual es como un compendio de todo lo bueno y de todo lo malo de su país. Así como Ibsen ha sido impuesto á Noruega por Europa, Bjornson es una creación nacional; para mayor fortuna, habiendo nacido en el país de los osos, su fortaleza es la de un oso y se llama oso por dos veces, pues el nombre Bjornsterne Bjornson significa «Constelación de la osa mayor, Hijo del oso.» En otro país hubieran dicho que un hombre que así se llamara estaba destinado á hacer el oso durante toda su vida; pero en Noruega son más serios, y ven en el nombre un simbolismo, la marca territorial de este innovador multiforme. Por esto Bjornson no habla casi nunca en nombre propio; habla en representación del pueblo noruego, sin el cual se quedaría co-

mo un pez fuera del agua. «Yo quiero» —ha dicho—vivir siempre en Noruega, aporrear y ser aporreado en Noruega, cantar en Noruega y morir en Noruega.»

# HENRIK IBSEN

## I

Vistos en sus retratos, Jonas Lie, con su cara lisa y bonachona y su redondo bonete, podría pasar por un excelente maestro de escuela; de Bjornson es sabido que tiene la mayor cantidad posible de oso; Ibsen, con su cabeza gorda, agrandada más aún por la cabellera y patillas blancas, encrespadas, se asemeja á un león. El símil no es sólo ocurrencia mía, pues lo han utilizado ya muchos críticos, y alguno ha ido más lejos y ha asegurado que la semejanza es falaz, y que Ibsen parece un león, pero no un león de verdad, sino un león con melenas postizas. Este rasgo malévolo del crítico francés Teodor de Wyzewa lo anoto aquí en prueba de impar-

cialidad, para hacerme también eco de una opinión bastante extendida: la de los que creen que en la obra de Ibsen hay más aparato que consistencia. Tales se han puesto las cosas, que ya no se puede ser ni hombre de genio. El criticismo destructor todo lo aniquila, y quien ayer era remontado por las nubes, hoy es arrastrado por el fango, sin que haya tenido tiempo siquiera para saborear su momentáneo triunfo.

En la reacción contra la literatura escandinava, particularmente contra Ibsen, personificación de ella, la mayor parte de la culpa corresponde á los mismos literatos escandinavos, que pretendieron presentar á Ibsen como un fenómeno nuevo en el teatro universal; poco se hubiera hablado y escrito si lo presentaran como lo que realmente es, como un gran autor dramático, comparable á Echegaray, á Dumas, á Hauptmann, no superior á ellos; pero hoy es difícil abrirse camino, y se suele acudir intencionadamente á la exageración en el aplauso para provocar la censura exa-

gerada y despertar la atención del público indiferente.

Cuando Ibsen fué dado á conocer en Francia por Eduardo Rod, en el prólogo que escribió al frente de la traducción del Conde Prozor, los naturalistas, por boca de Zola, se apresuraron á decir que Ibsen pertenecía á la vieja escuela romántica y que llegaba demasiado tarde; y esta opinión se ha generalizado hasta el punto de que los más autorizados críticos franceses, como Lemaître y Sarcey, han partido de ella para combatir la influencia de Ibsen, en muchas de cuyas obras han visto un trasunto de las de Dumas y Sand, pasadas ya de moda. Otros han notado la rápida popularidad de Ibsen en Inglaterra, y han deducido de aquí que el dramaturgo noruego se ha formado bajo el influjo del positivismo inglés. Sin embargo, si aparte el mérito real de las obras de Ibsen, hay algo que justifique el éxito que han logrado, este algo es la identificación de Ibsen con el estado de espíritu de la sociedad en el momento presente. La mar-

yor originalidad de Ibsen está en que, nacido en un período romántico, no es romántico, y en que sin hacer escala en el positivismo ni en el naturalismo, ha saltado á las avanzadas de la reacción. Ibsen es en el teatro lo que Nietzsche en la Filosofía; es un defensor exaltado del individuo contra la sociedad, y por este lado se aproxima á las soluciones del anarquismo; luego, por no someter la acción del individuo á ninguna cortapisa, cae en las mayores exageraciones autoritarias.

Nosotros los españoles no comprendemos bien este novísimo movimiento reaccionario, porque en España quedan aún muchos reaccionarios á la antigua que no han querido pasar por el arquillo de las conquistas democráticas: así, cuando alguien habla de reacción, es inscripto *ipso facto* en las filas del tradicionalismo, aunque predique la reacción en nombre del progreso. Porque lo original en los neorreaccionarios como Ibsen, es que no se apoyan en las tradiciones ni en los privilegios, antes los

desprecian; se apoyan en el fuero individual, en el derecho absoluto del individuo á luchar contra la sociedad y aun á destruirla para mejorarla. Para reformar la sociedad hay que reformar al individuo, y á éste sólo se le reforma dejándole que luche sin consideración á los daños que pueda producir á los individuos menos aptos para el combate. En una palabra, «la fuerza es superior al derecho,» que dijo y practicó Bismarck con excelente resultado.

Así se comprende que Ibsen, fugitivo de Noruega, no encuentre en Europa lugar más á propósito para establecerse que la Roma de los Papas; no por simpatía, sino porque Roma era la única ciudad donde no había libertad al estilo moderno. Y cuando las tropas italianas entraron en Roma, Ibsen escapó sin tardanza, y escribió una carta que parecerá incomprensible á quienes han visto en Ibsen una especie de anarquista teórico: «Han quitado Roma á los hombres para entregarla á los políticos. ¿Dónde nos refugiaremos ahora? Roma era el

único punto de Europa que goza de verdadera libertad: la libertad de la tiranía de la libertad política...» Probablemente pensaría refugiarse en Rusia, cuyo régimen autocrático le entusiasmaba en extremo.

El crítico Brandes refiere que en una discusión con Ibsen (en la que éste, como de costumbre, ensalzaba el sistema de opresión, por el que explicaba el brillante florecimiento de la literatura rusa), le hizo observar que en Rusia se podía aún apalear impunemente.—Usted tiene un hijo—le preguntó.—¿Le gustaría á usted que á su hijo le dieran latigazos?—Que se los dieran, de ningún modo—contestó Ibsen;—pero que los diera él, me parecería perfectamente.

Ibsen, pues, es un aristócrata; pero su aristocracia no es la de la tradición ni la del dinero, es la de la fuerza; y la fuerza á que él rinde parias no es la material, es «la del carácter, la de la voluntad, la del entendimiento.» Los generosos apóstoles de la democracia, que cándidamente creyeron dar la paz al

mundo, consignando en leyes todos «los derechos del hombre,» se quedarán ahora turulatos al ver que del seno de la justicia, de la igualdad y de la fraternidad, sale una generación de déspotas, ansiosos de utilizar todos esos derechos para desarrollar é imponer su personalidad, aunque tengan que pisotear á los débiles. Ya hemos visto de sobra lo que puede dar de sí la aristocracia del dinero; la de la inteligencia que ahora apunta será quizás peor, porque pretenderá dominar en nombre de ésta ó aquella verdad. Al sacerdote que decía «cree lo que yo creo,» le sucede el genio pretencioso que dice «piensa lo que yo pienso.» Un genio ó un tipo así es Ibsen.

La idea fundamental de Ibsen vale poco lógicamente, como vemos; pero lo lógico tiene poco que ver con lo dramático. Para triunfar en la escena hay que producir «un efecto,» presentando situaciones en armonía con el estado del espíritu público. Si se quiere ser aplaudido «ruidosamente,» hay que tener una gran dosis de picardía y conocer bien el te-

rreno. Ibsen vió con gran claridad el cansancio democrático que la sociedad padece, el deseo universal de romper esta monotonía en que vivimos, y dió á la escena con gran oportunidad sus tipos revolucionarios de nuevo cuño. He aquí el secreto de toda su obra.

Cuando se estrenó en París *Nora*, dijo Sarcey que, suprimido el final del drama, éste sería casi perfecto. Nora es perdonada por su esposo, y el público cree que la esposa se dará por satisfecha y la casa quedará como una balsa de aceite. Esto sería lo lógico. Pero poco antes de caer el telón, Nora descubre un nuevo carácter. El drama representado es un drama de mentirijillas, en el que aparece una «casa de muñeca,» como solían ser las casas antes de Ibsen: Nora se ha visto á sí misma en aquella casa y se avergüenza de desempeñar el papel que allí desempeña, y de repente toma la decisión de abandonarla.

Este inesperado desenlace es lo ibseniano de la obra; sin él, poco ó nada habría que decir. En *Gengangere* llega aún

más lejos la audacia femenina. Fru Alving es la esposa que se sacrifica al cumplimiento de sus deberes; muerto su marido, le quedan de él dos retoños, á cual peor: su hijo Osvald, tan vicioso como su padre, y Regina, una hija que el señor Alving tuvo con una criada y que sigue en la casa como criada también. Osvald y Regina son los *gengangere*, es decir, las reencarnaciones ó reapariciones (aparecidos, espectros, suelen traducir) de sus padres. Osvald se encapricha con Regina, y le dice á su madre que no puede vivir sin la muchacha: parecía lógico que una mujer que se ha sacrificado al cumplimiento del deber, inculcase á su hijo este mismo sentimiento. Fru Alving, sin embargo, «descubre otro nuevo carácter,» es decir, comprende la inutilidad de su sacrificio, se rebela contra él y quiere que su hijo sea feliz, asintiendo á que se case con Regina, aunque sabe que son hermanos. Y se casarían si no anduviera por medio el pastor Manders, encargado de hacer entrar en razón á la madre sin escrúpulos.

Muchos críticos, entre otros el francés Lemaître, dudan de la realidad de estas mujeres de Ibsen, porque desconocen la sociedad del Norte. Hay que vivir aquí algún tiempo para convencerse de que esos tipos están más bien atenuados. Las ideas de emancipación han producido en los temperamentos fuertes esa nueva moral revolucionaria, y en los débiles algo peor: una inmoralidad fría, reflexiva, calculadora, que descuaja al más terne. Hay tipos de inmoralidad que pudiera llamarse metafísica. En *Gengangere*, la criada Regina proclama su derecho á prostituirse; en *John Gabriel Borkman*, una aventurera del amor, Fru Wilson, emprende un viaje de placer en compañía del joven calavera Erhart y lleva consigo á una amiguita, porque sabe que el hombre es tan variable como la mujer, y que el mejor medio para que el libertino no se le escape es tener á mano «una suplente.»

Los hombres de Ibsen son, por regla general, imbéciles, cuya misión es hacer resaltar la superioridad de las mujeres;

pero en los hombres de verdad el rasgo constante es ponerlos solos, en lucha abierta con la sociedad: son individualidades exaltadas al modo que hemos visto en los tipos de mujer. Esto es instintivo en Ibsen. Su primera obra, el drama *Catilina*, era el estudio de un carácter de un hombre aislado, representante de la antigua libertad romana en pugna con una sociedad corrompida por el abuso de la fuerza. Su último drama, *John Gabriel Borkman*, representa asimismo á un hombre dominado por el afán de reunir mucho oro para realizar grandes empresas en pugna con la sociedad, que se atiene al texto de las leyes, con arreglo al cual Borkman es un banquero quebrado, un estafador. Borkman es el Conde de Lesseps en el asunto de Panamá. El vulgo se fija sólo en que ha habido engaño; pero el que lo realizó, no por interés personal, sino por dar cima á una concepción grandiosa, ¿no tiene derecho á decir, como dice el protagonista del drama: «yo he hecho lo que he hecho porque no soy un cual-

quiera, sino que soy John Gabriel Borkman?» Entre los protagonistas de la primera y la última obra, son numerosos los personajes en quienes se transparenta la idea capital del teatro de Ibsen; y la figura más acabada, aunque no la mejor, es la del doctor Stockmann en *En folkefiende (Un enemigo del pueblo)*. En este drama ha dado Ibsen forma á su idea favorita en la conocida paradoja con que la obra acaba: «El hombre más fuerte es el que está más solo.»

Esta idea es un reflejo de la vida misma de Ibsen, puesto que él ha tenido que luchar y expatriarse y se ha formado en la expatriación y en el aislamiento. En un volumen de poesías (*Digte*), en el que el autor coleccionó varias composiciones, en general cortas y de pocos vuelos, salvo alguna muy renombrada, como la de *Terje Viger*, he leído un saludo del poeta extraviado al pueblo noruego en la fiesta del centenario, celebrada el 18 de Julio de 1872, donde el autor declara que el principal motivo de gratitud que tiene para con su pueblo

es la dureza con que éste le trató y le impulsó á luchar y á ser grande, dándole en la expatriación «la sana y amarga bebida que fortalece.»

Mit folk, som skaenkte migli dybaskalerk
den sunde bittre stylkedrik, hvoraf
som digter jeg, pa randen af min grav,
tog kraft til kamp i doegnets brudte straler...

Ibsen es un dramaturgo de formación lenta y penosa; su comprensión de los tipos noruegos no es en él espontánea, sino que parece nacer de un esfuerzo de la voluntad. Como el présbita sólo ve bien á distancia, Ibsen comprendió á Noruega desde lejos: quizás si no hubiera salido nunca de su país, hubiera sido un autor mediocre, tal como nos lo muestran las obras de su juventud.

## II

Entre lo mucho que he leído estos días en la prensa con motivo de la celebración del septuagésimo aniversario del nacimiento de Ibsen (20 de Marzo de 1828), lo único que me ha llamado la atención es el relato, publicado por un periodista de Copenhagne, de una entrevista con la suegra (!) del insigne dramaturgo. La señora Thoresen, que no es una suegra vulgar, sino que es una escritora de nota, asegura que cuando Ibsen entraba en su casa en calidad de novio, era un sujeto insignificante. La novia, al contrario, era una joven excepcional, una «naturaleza poética,» y, á juicio de la suegra, en la transformacion de Ibsen corresponde no escasa gloria á su mujer. Para mí es indiscutible que en la vida de Ibsen hay una gran influencia femenina, pues sólo así se comprende que el pesimismo del autor se descargue casi exclusivamente sobre el sexo fuerte, y

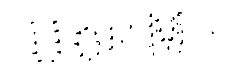
que sin perjuicio de despreciar «en abstracto» á la mujer, la coloque de hecho muy por encima del hombre. Pero lo esencial es marcar ese desdoblamiento de la personalidad de Ibsen. Ibsen fué conocido en Europa cuando vivía lejos de su país; pero antes, cuando se ganaba el sustento trabajosamente como mancebo de botica ó rodando por los teatros como director de escena en compañías de mala muerte, había dado á luz en forma embrionaria los elementos con que diera forma á su obra definitiva.

Sus primeras obras, escritas casi todas en verso ó en prosa y verso, corresponden á muy diversos géneros y forman larga serie. *Catilina, Fru Yuger til Ostrat, Haermaendene pa Helgeland, Gildet pa Solhaug, Kaerlighedens Komedie, Kongs-Emnerne, Brand, Peer Gynt, De Unges Forbund, Keyser og Galilaeer* y *Samfundets Stotter*, precedieron á *Et Dukkebjem* ó *Casa de muñeca*, en la que por primera vez se reveló el nuevo Ibsen, completamente formado ya. De estas obras, unas son de carácter histórico:

*Catilina; Kongs-Emnerne (El pretendiente de la Corona); Emperador y Galileo,* drama universal, en el que el autor quiso resumir la historia del mundo; *La fiesta en Solhang,* cuadro de costumbres noruegas en el siglo XIV. El simbolismo está representado principalmente en las dos *poesías dramáticas: Brand,* en quien Ibsen crea candorosamente un tipo ideal de pureza cristiana, sin posible realidad en la vida, y *Peer Gynt,* que es la autobiografía del autor en sus años juveniles, cuando vivía en la casa paterna. El teatro de tendencia lo inician la *Comedia del amor (Kaerlighedens Komedie),* en la que el autor se burla del matrimonio, y la *Alianza de la juventud (De Unges Ferbund),* sátira contra la juventud inepta, vacía y charlatanesca de *nuestro tiempo.* De todas estas obras sólo he visto representar *Samfundets Stotter (Los sostenes de la sociedad),* y aseguro que es mala: Ibsen moraliza contra las clases directoras como podría hacerlo cualquier papanatas. Las demás las he leído casi todas, y las encuentro viejas en comparación con las

posteriores de Ibsen. La personalidad del autor fluctúa entre varias tendencias contradictorias: á ratos parece un moralista vulgar, á ratos un demoledor y á ratos un apóstol. La única obra ejecutada con maestría es *El pretendiente de la Corona*, y tampoco es realmente un drama histórico, como se titula, sino de psicología no exenta de tendencia.

En la segunda época no hay obras de carácter histórico: el drama de tesis con un sentido más realista y el simbolismo, se funden en una sola pieza y crean lo característico y personal de Ibsen, la estructura *wagneriana*, si así puede decirse, de sus creaciones, en las cuales la unidad no es el resultado de una disposición convencional de las diversas partes de la obra, sino que está expresada en un concepto universal, en un *leimotiv* que se extiende vagamente sobre diversos cuadros escénicos pintados con exactitud casi naturalista. En el teatro de Ibsen, la mitad ó más del pensamiento del autor queda detrás de la escena y ha de ser *comprendido* por el espectador: en el



Norte esto puede pasar, porque el público va al teatro á atender y á aprender, y lo mismo asiste á la representación de un drama que á una conferencia en que se le habla de religión, filosofía ó historia; pero en el Mediodía la gente va al teatro á divertirse, á ver y á aprender sólo lo que le entre por los ojos: nuestro teatro es escénico, no intelectual, y nuestro simbolismo no puede ser el simbolismo *de concepto* de Ibsen, sino el simbolismo *de acción* de *La vida es sueño*. Y dicho sea de paso, ¡cuánto más profundo, más bello y más comprensible no es el simbolismo de Calderón que el de Ibsen, ante quien se pasman algunos que no conocen nuestro teatro!

La fuerza, pues, de Ibsen está en ese simbolismo concentrado que anima á sus personajes y sugestiona el espíritu del espectador que lo comprende. En *Casa de muñeca* el sentido del drama se aclara sólo en la última escena, cuando Nora abandona á su marido y á sus hijos. «Yo no soy la mujer que aquí hace falta...—le dice:—á tí te conviene una

muñeca.» En *Aparecidos* hay una larga y fatigosa escena, en la que discuten Fru Alving y el pastor Manders (los personajes de Ibsen discuten casi siempre). De repente se oye ruido entre bastidores, una silla rueda, y la voz de la criada Regina dice: «Osvald, da. ¡Er du gal! ¡Slip mig!»—¿Qué es eso?—pregunta el buen Manders. Y la madre de Osvald, que recuerda acaso otra ocasión en que oyó las mismas palabras, aunque entonces la broma no corría entre Osvald y Regina, sino entre el padre del señorito y la madre de la criada, deja escapar la palabra *gengangere*, que nos da á entender que el asunto del drama es la famosa ley de la herencia, y que los hijos son capaces de reproducir la escena que tiempos atrás representaron los padres. De igual modo, en *Un enemigo del pueblo* el simbolismo del manantial de aguas corrompidas, ó en *Vildanden* la del «pato salvaje.» En *Rosmersholm* la grandeza de la figura de Rebekka está en que es una encarnación del Norte, así como Ellida, en *Fruen fra Hafbet*

(*La dama del mar*), es un símbolo del mar. Y algún punto de relación existe entre el amor que Rebekka siente por Rosmer y la influencia misteriosa que ejerce en Ellida el «hombre desconocido» que ha de venir por el mar, es decir, la realidad que ha de venir á romper el misterio. En *Bygmester Solness* (*El maestro de obras Solness*), el sentido íntimo de la alegoría está en que Hilde, la enamorada de Solness, no es una mujer real, sino la fuerza ideal impulsora del artista. Solness no es un hombre vulgar; pero la necesidad le obliga á dedicarse á trabajos rutinarios, á construir «casas para hombres;» Hilde le incita á encaramarse en la torre de la iglesia, esto es, á remontarse á las alturas ideales; y cuando le ve caer y estrellarse, no se entristece, sino que exclama con acento de triunfo: «Llegó á todo á lo alto, y yo oí arpas que sonaban en el aire. El era el hombre que yo había soñado.» Hasta á un tipo tan prosáico como *John Gabriel Borkman* halla Ibsen modo de espiritualizarlo. Borkman era hijo de

mineros: en su niñez trabajó en las minas, y de este primer oficio le quedó la idea dominante de su vida; como el minero busca el filón venturoso que se esconde en el seno de la tierra, así Borkman vive soñando en el oro; á su afán lo sacrifica todo, incluso el amor, y cuando llega á director de Banco y se compromete en malas especulaciones, no se rinde á la evidencia ni se da por vencido, y muere delirando en sus grandezas soñadas. Hay en todos los personajes de Ibsen una mezcla rara de vulgaridad y de idealismo, algo que él mismo explica cuando en *Lille Eyolf* (*Eyolfito*) hace decir á Rita: «Nosotros somos hijos de la tierra.»—«Pero tenemos—contesta Alhmers, su marido,—algo del mar y algo del cielo.»

La primera obra que publicará Ibsen, según ha anunciado, será una historia de sus trabajos, en la que hará ver que todas sus obras obedecen á un plan preconcebido. Quizá sean algo así como el ciclo de los Rougon-Macquart, de Zola. Sin estar en el secreto, se nota en el tea-

tro de Ibsen cierto ligamen, porque la idea fundamental es siempre la misma, porque parece que cada nueva obra contesta á las objeciones suscitadas por la precedente. Así, la objeción capital contra Nora era el abandono que hacía de sus deberes conyugales. En *Gengangere*, Fru Alving huye también y busca al pastor Manders, de quien está enamorada. Este la obliga á volver al hogar, y la convence de que en la vida es necesario el sacrificio. Pero el sacrificio es inútil, porque no impide que Osvald sea tan vicioso como su padre, ni Regina tan perdida como su madre. Quizás Nora llevaba razón. *Enfolkefiende* y *Rosmersholm* responden á un mismo pensamiento. El doctor Stockmann rompe con la sociedad, y cree que al quedarse solo es más fuerte que la sociedad entera. Rosmer es también un solitario que no hace buenas migas ni con el rektor Kroll (la reacción), ni con Peder Mortensgard (la democracia); sus predicaciones son inútiles, y á pesar de la nobleza de su carácter, sólo consigue hacerse com-

prender de Rebekka, porque ésta le ama.

Siendo el tipo favorito de Ibsen el hombre justo y fuerte que lucha contra la sociedad, ha tenido que presentar al lado de Rosmer y de Stockmann las desviaciones del tipo: Borkmann, que, llevado de su excesiva ambición, se hunde sin conseguir su intento, mientras su hijo Eshart, en quien cifraba su orgullo, se divierte alegremente con la señora Wilson. El egoísmo del hijo sobrepuja al del padre. En *Lille Eyolf*, el niño Eyolf muere ahogado, y su muerte es como un castigo del proceder egoísta de sus padres. Hay, por último, en esta serie de personalidades que aspiran á saltar por encima de la moral, de la ley ó de la voluntad social, una muy interesante: la protagonista de *Hedda Gabler*, la obra maestra de Ibsen, á mi juicio. Hedda Gabler es lo que llamaba el novelista alemán Spielhagen una «naturaleza problemática,» un problema sin solución, ó sea una mujer que carece de condiciones para adaptarse al medio social; no es tan vulgar que se acomode á

la vida rutinaria, ni su espíritu es tan elevado que se sobreponga á las rutinas; no es tan buena que se conforme con vivir modesta y honradamente, ni se atreve á ser mala por miedo al qué dirán: el autor la coloca entre un hombre de extraordinario mérito, Ejlert Loevborg, á quien Hedda no es capaz de comprender, y un pedantesco profesor, Joergen Tesman, con quien se casa sin estimarle. Y entre los rasgos contradictorios de figura tan anómala, el que la embellece y la hace simpática es el amor á lo bello, el amor á una muerte bella. Se dirá que su falta de condiciones para la existencia se traduce en la idea singular de suicidarse en una reunión de familia, después de tocar un vals en el piano.

Como *Mariana* es, en mi sentir, la mejor obra de Echegaray y más duradera, *Hedda Gabler* es la mejor obra de Ibsen. Porque en el teatro lo bueno y lo que dura es lo psicológico. Las cuestiones sociales pasan, y las que hoy nos enardecen, mañana nos hacen bostezar. Y en

el teatro de Ibsen, aparte otros defectos menores, como la afectación y cierta fraseología bíblica, que á ratos deslucen la naturalidad del diálogo, el punto flaco es la importancia excesiva que se da á los «problemas sociales.» Sobre esto y con referencia á Dumas, ha escrito el crítico inglés Archer una frase muy gráfica, que ahora recuerdo y cito para terminar: «Las obras que se proponen corregir abusos ó reformar instituciones sociales, pierden su virtud tanto más pronto cuanto más inmediato es el efecto que producen. Si no tienen otro principio de vitalidad más vigoroso, se hunden bien pronto en el olvido, como balas de cañón que mueren en la misma brecha que abrieron.»

# EL PORVENIR DE ESPAÑA

# EL PORVENIR DE ESPAÑA

*A Miguel de Unamuno.*

## I

No he olvidado, amigo y compañero Unamuno, aquellas tardes que usted me recuerda, ni aquellas charlas de café, ni aquellos paseos por la Castellana, cuando, con el ardor y la buena fe de estudiantes recién salidos de las aulas, reformábamos nuestro país á nuestro antojo. Recuerdo aún sus proyectos de entonces, entre los cuales el que más me interesó era el de publicar la *Batracomiomaquia*, de Homero (ó de quien sea), con ilustraciones de usted mismo, que, para salir con lucimiento de su ardua empresa, estudiaba á fondo la atonía de los ratones y de las ranas. ¿Qué fué de

aquella afición? Sobre la mesa de mármol del café me pintó usted una rana con tan consumada maestría, que no la he podido olvidar: aún la veo que me mira fijamente, como si quisiera comerme con los ojos saltones.

Han pasado siete años, que para usted han sido de estudios y para mí de zarandeo y vagancia, salvo alguna que otra cosilla que he escrito para desahogarme; pero la amistad intelectual, aunque se forme en cuatro ratos de conversación, es tan duradera y firme, que en cuanto usted ha leído un libro mío y ha sabido por él que no me he muerto, ha pensado reavivarla con las tres bellísimas cartas que me envió, publicándolas en *El Defensor* para que no se perdieran en el camino. Me encuentra usted completamente cambiado, y yo tampoco le hallo en el mismo punto en que le dejé. Por algo somos hombres y no piedras. Hay quien de la consecuencia hace una virtud, sin fijarse en que la consecuencia del que no piensa participa mucho de la estupidez. La principal virtud es que

cada uno trabaja con su propio cerebro. Si trabajando así es consecuente consigo mismo, tanto mejor.

Lo que más me gusta en sus cartas es que me traen recuerdos é ideas de un buen amigo como usted, con quien me hallo casi de acuerdo, sin que ninguno de los dos hayamos pretendido estar acordes. Lo estamos por casualidad, que es cuanto se puede apetecer, y lo estamos, aunque sentimos de modo muy diferente. Usted habla de «despaganizar» á España, de libertarla del «pagano moralismo senequista,» y yo soy entusiasta admirador de Séneca; usted profesa antipatía á los árabes, y yo les tengo mucho afecto, sin poderlo remediar. Conste, sin embargo, que mi afecto terminará el día que mis antiguos paisanos acepten el sistema parlamentario y se dediquen á montar en bicicleta.

Usted, amigo Unamuno, desciende en línea recta de aquellos esforzados y tenaces vascones que jamás quisieron sufrir ancas de nadie; que lucharon contra los romanos y sólo se sometieron á ellos

por fórmula; que no vieron hollado su suelo por la planta de los árabes; que están todavía con el fusil al hombro para combatir las libertades modernas, que ellos toman por cosa de farándula. Así se han conservado puros, aferrados al espíritu radical de la nación. Por esto habla usted de la instauración de las costumbres celtibéricas, y cree que el mejor camino para formar un pueblo nuevo en España es el que Pérez Pujol y Costa han abierto con sus investigaciones. Yo, en cambio, he nacido en la ciudad más cruzada de España, en un pueblo que antes de ser español fué moro, romano y fenicio. Tengo sangre de lemosín, árabe, castellano y murciano, y me hago por necesidad solidario de todas las atrocidades y aun crímenes que los invasores cometieron en nuestro territorio. Si usted suprime á los romanos y á los árabes, no queda de mí quizás más que las piernas: me mata usted sin querer, amigo Unamuno.

Pero lo importante es que usted, aunque sea á regañadientes, reconozca la

realidad de las influencias que han obrado sobre el espíritu originario de España, porque hay quien lleva su exclusivismo hasta á negarlas, quien cree ya extirpadas las raíces del paganismo y quien afirma que los árabes pasaron sin dejar huella; sueñan que somos una nación cristiana, cuando el cristianismo en España, como en Europa, no ha llegado todavía á moderar ni el régimen de fuerza en que vivimos, heredado de Roma, ni el espíritu caballeresco que se formó durante la Edad Media en las luchas por la religión. La influencia mayor que sufrió España después de la predicación del cristianismo, la que dió vida á nuestro espíritu quijotesco, fué la arábiga. Convertido nuestro suelo en escenario donde diariamente se representó, siglo tras siglo, la tragedia de la Reconquista, los espectadores hubieron de habituarse á la idea de que el mundo era el campo de un torneo, abierto á cuantos quisieran probar la fuerza de su brazo. La transformación psicológica de una nación por los hechos de su historia

es tan inevitable como la evolución de las ideas del hombre, merced á las sensaciones que va ofreciéndole la vida. Y el principio fundamental del arte político ha de ser la fijación exacta del punto á que ha llegado el espíritu nacional. Esto es lo que se pregunta de vez en cuando al pueblo en los comicios, sin que el pueblo conteste nunca, por la razón concluyente de que no lo sabe ni es posible que lo sepa. Quien lo debe de saber es quien gobierna, quien por esto mismo conviene que sea más psicólogo que orador, más hábil para ahondar en el pueblo que para atraérselo con discursos sonoros.

He aquí una reforma política grande y oportuna. ¿Quién sabe si, dedicados algún tiempo á la meditación psicológica, descubriríamos ¡oh grata sorpresa! que la vida exterior que hoy arrastra nuestro país no tiene nada que ver con su vida íntima, inexplorada? Yo creo á ratos que las dos grandes fuerzas de España, la que tira para atrás y la que corre hacia adelante, van dislocadas por

no querer entenderse, y que de esta discordia se aprovecha el ejército neutral de los ramplones para hacer su Agosto; y á ratos pienso también que nuestro país no es lo que aparece, y se me ocurre compararlo con un hombre de genio que hubiera tenido la ocurrencia de disfrazarse con careta de burro para dar á sus amigos una broma pesada.

## II

La comparación de que me valí para explicar cómo entiendo yo la influencia arábiga en España, sirve asimismo para comprender el desarrollo de las ideas del hombre. Lo que usted recuerda mejor de mí, al cabo de siete años, es que yo le hablé de los gitanos. «¿Qué casta de pájaro será éste (pensaría usted), que parece interesarse más por las costumbres gitanescas que por las ciencias y artes que le habrán enseñado en la Universidad?» Todo se explica, sin embargo, querido compañero, porque yo viví muchos años en la vecindad de la célebre gitanería granadina.

También le diré que el concepto de las ideas «redondas» que me sirvió de

criterio para escribir el *Idearium* me lo sugirió mi primer oficio. Yo he sido molinero, y á fuerza de ver cómo las piedras andan y muelen sin salirse nunca de su centro, se me ocurrió pensar que la idea debe de ser semejante á la muela del molino, que sin cambiar de sitio da harina, y con ella el pan que nos nutre, en vez de ser, como son las ideas en España, ideas «picudas,» proyectiles ciegos que no se sabe á dónde van, y van siempre á hacer daño.

Mientras en España no existan hábitos intelectuales y se corra el riesgo de que las ideas más nobles se desvirtúen y conviertan en armas de sectario, hay que ser prudentes. La sinceridad no obliga á decirlo todo, sino á que lo que se dice sea lo que se piensa. Por esto encuentra usted obscuros mis conceptos en materia de religión; no sería así si yo hubiera puesto en mi libro una idea que se me ocurrió y que suprimí, porque si no era picuda por completo, tampoco era redonda del todo: era algo esquinada la infeliz, y lo sigue siendo. Esta idea

es la de adaptar el catolicismo á nuestro territorio para ser cristianos españoles. Pero bastaría apuntar la idea para que se pensara á seguida en iglesias disidentes, religión nacional, jansenismo y demás lugares del repertorio; y nada se adelantaría con decir que lo uno nada tiene que ver con lo otro, porque al decirlo por adelantado se daría pie para que pensaran peor aún. Sin embargo, en filosofía dije claramente que era útil romper la unidad, y en religión llegué á decir que, en cuanto en el cristianismo cabe ser original, España había creado el cristianismo más original.

Lo más permanente en un país es el espíritu del territorio. El hecho más transcendental de nuestra historia es el que se atribuye á Hércules cuando vino, y de un porrazo nos separó de Africa; y este hecho no está comprobado por documentos fehacientes. Todo cuanto viene de fuera á un país ha de acomodarse al espíritu del territorio si quiere ejercer una influencia real.

Este criterio no es particularista: al

contrario, es universal, puesto que si existe un medio de conseguir la verdadera fraternidad humana, éste no es el de unir á los hombres debajo de organizaciones artificiosas, sino el de afirmar la personalidad de cada uno y enlazar las ideas diferentes por la concordia y las opuestas por la tolerancia. Todo lo que no sea esto es tiranía: tiranía material que rebaja al hombre á la condición de esclavo, y tiranía ideal que le convierte en hipócrita. Mejor es que usted y yo tengamos ideas distintas, que no que yo acepte las de usted por pereza ó por ignorancia; mejor es que en España haya quince ó veinte núcleos intelectuales, si se quiere antagónicos, que no que la nación sea un desierto y la capital atraiga á sí las fuerzas nacionales, acaso para anularlas, y mejor es que cada país conciba el cristianismo con su espíritu propio, así como lo expresa en su propia lengua, que no que se someta á una norma convencional. No debe satisfacernos la unidad exterior: debemos buscar la unidad fecunda, la que resu-

me aspectos originales de una misma realidad.

Esto parecerá vago; pero tiene multitud de aplicaciones prácticas, de las que citaré algunas para precisar más la idea. El socialismo tiene en España adeptos que propagan éstas ó aquellas doctrinas de éste ó aquel apóstol de la escuela. ¿No hay acaso en España tradición socialista? ¿No es posible tener un socialismo español? Porque pudiera ocurrir, como ocurre en efecto, que en las antiguas comunidades religiosas y civiles de España estuviera ya realizado mucho de lo que hoy se presenta como última novedad. Creo, pues, más útiles y sensatos los estudios del Sr. Costa, de quien usted hablaba con justo elogio, que los discursos de muchos propagandistas que aspiran á reformar á España sin conocerla bien.

En filosofía asistimos ahora á la rehabilitación de la escolástica, en su principal representación: la tomista. El movimiento comenzó en Italia, y de allí ha venido á España, como si España no

tuviera su propia filosofía. Se dirá que nuestros grandes escritores místicos no ofrecen un cuerpo de doctrina tan regular, según la pedagogía clásica, como el tomismo; quizás sea éste más útil para las artes de la controversia y para ganar puestos por oposición. Pero ni sería tan difícil formar ese cuerpo de doctrina, ni se debe pensar en los detalles, cuando á lo que se debe atender es á lo espiritual, íntimo, subjetivo y aun artístico de nuestra filosofía, cuyo principal mérito está acaso en que carece de organización doctrinal.

Aun en los más altos conceptos de la religión creo que es posible marcar el genio de cada pueblo, aun en los dogmas. Usted me hace notar la confusión dogmática que parece desprenderse de la primera idea de mi libro: antes que usted me lo dijeron otros amigos, y antes que el libro se imprimiera alguien me aconsejó que la suprimiera; y yo estuve casi tentado de hacerlo, más que por el error que en ella pudiera verse, por no dar á algún lector una mala im-

presión en las primeras líneas. Y, sin embargo, no la suprimí. ¿Por testarudez? —se pensará.—No fué sino porque veía en esa idea una idea muy española. El dogma de la Inmaculada Concepción se refiere, es cierto, al pecado original; pero al borrar este último pecado da á entender la suma pureza y santidad. El dogma literal se presta además á esa amplia interpretación, porque las palabras «concebida sin mancha» dicen al alma del pueblo dos cosas: que la Virgen *fué concebida* sin mancha, y que *es concebida* sin mancha eternamente por el espíritu humano. Hay el hecho de la Concepción real, y el fenómeno de la concepción ideal por el hombre de una Mujer que, no obstante haber vivido vida humana, se vió libre de la mancha que la materia imprime á los hombres. Preguntemos uno á uno á todos los españoles, y veremos que la Purísima es siempre la Virgen ideal, cuyo símbolo en el arte son las Concepciones de Murillo. El pueblo español ve en ese misterio, no sólo el de la concepción y el

de la virginidad, sino el misterio de toda una vida. Hay un dogma escrito inmutable, y otro vivo, creado por el genio popular.

También los pueblos tienen sus dogmas, expresiones seculares de su espíritu.

## III

Desea usted que el cristianismo impere por la paz; y como usted no es un filántropo rutinario de los que tanto abundan, sino un verdadero pensador, habla á seguida de despaganizar á Europa, porque sabe que la guerra tiene su raíz en el paganismo. Sus ideas de usted son comparables á las que Tolstoi expuso en su manifiesto titulado *Le non agir*, aunque Tolstoi, no contento con combatir la guerra, combate el progreso industrial y hasta el trabajo que no sea indispensable para lás necesidades perentorias del vivir. Para que la organización social cambie, han de cambiar antes las ideas, ha de operarse la *metanoia* evangélica, y para esto es preciso

trabajar poco y meditar bastante y amar mucho. La lucha por el progreso y por la riqueza es tan peligrosa como la lucha por el territorio. Vea usted si no, amigo Unamuno, el desencanto que se están llevando los que creían que el porvenir estaba en América. En unas cuantas semanas se ha despertado el atavismo europeo; la riqueza acumulada por los negociantes se transforma en armas de guerra, y aparece ésta en condiciones que, en Europa misma, serían impracticables. Porque en Europa no se usan ya guerras repentinas, ni se suele acudir á las armas antes de agotar todos los medios pacíficos, ni practicar ciertos procedimientos que hoy se emplean en nuestro daño. América tendrá ejércitos como Europa, y disfrutará de los goces inefables de las guerras territoriales y de raza; en vez de hacer algo nuevo, copiará á Europa y la copiará mal; y los hombres insignificantes que han derrochado estúpidamente las buenas tradiciones de su nación, serán glorificados por la plebe.

La raza indo-europea ha ejercido siempre su hegemonía en el mundo por medio de la fuerza. Desde los ejércitos descritos por Homero hasta los descritos hoy por la prensa periódica, son tantas las metamorfosis que ha sufrido el soldado ario, que se pierde ya la cuenta. Unas veces han atacado en forma de cuña y otras en forma rectangular, y nosotros hemos descubierto últimamente el sistema de pelear boca arriba, como los gatos. Los europeos dicen que dominan por sus ideas; pero esto es falso. La idea en que se ampara la fuerza de Europa es el cristianismo, una idea de paz y de amor, que por esto no pudo nacer entre nosotros. Nació en el pueblo judáico, que fué siempre enemigo de combatir y se pasó la vida huyendo de sus enemigos ó subyugado por ellos; porque en los momentos de peligro, en vez de aparecer en el seno de este pueblo grandes generales, *organizadores de la victoria*, aparecían profetas que se ponían de parte del enemigo, considerándolo como á un enviado de Dios. El precepto evan-

gélico de no resistir al mal, es constitutivo del espíritu judáico.

Por esto los europeos no lo han comprendido aún, ni menos practicado. Somos paganos de origen, y de vez en cuando la sangre nos turba el corazón y se nos sube á la cabeza. Vea usted si no, por vía de ejemplo, lo que ocurre en el arte. El cristianismo creó su arte propio, cuyo dogma se puede decir que era el resplandor del espíritu, así como el del paganismo era el resplandor de la forma. Yo he visto en los Países Bajos centenares de obras inspiradas por el cristianismo puro, y he visto cómo aquellos artistas, que tan torpemente creaban obras tan sublimes, se encaminaron á Italia, cuando en Italia apareció el Renacimiento: me hacen pensar en tristes ayunantes que, después de comer espinacas durante el período cuaresmal, se relamen de gusto viendo un buen tasajo de carne ó un pavo relleno. Puesto entre las dos artes, prefiero el cristianismo porque es más espiritual; pero me seduce también el arte pagano, y me se-

ducen aún más las obras de aquellos artistas españoles que acertaron como ningunos á infundir el espíritu cristiano en la forma clásica. Esto parecerá eclecticismo; pero el eclecticismo está en nuestra constitución y en nuestra historia. En España se ha batallado siglos enteros para fundir en una concepción nacional las ideas que han ido imperando en nuestro suelo, y á poco que se ahonde se descubre aún la hilaza. En Granada, por ejemplo, no hay artísticamente puro nada más que lo arábigo, y aun debajo de esto suele hallarse la traza del arte romano. Lo que viene después tiene siempre dos caras, una cristiana y otra clásica, como en las esculturas de nuestro insuperable Alonso Cano, ó una cristiana y otra oriental, como en el poema admirable de Zorrilla. La primera habla al espíritu; la segunda á los sentidos, que también son algo para el hombre. La esencia es siempre mística, porque lo místico es lo permanente en España; pero el ropaje es vario, por ser varia y multiforme nuestra cultura. Todo lo más

á que puede aspirarse es á que el sentimiento cristiano sea cada día más el alma de nuestras obras.

Así como hay hombres que viven una vida casi material y hombres que colocan el centro de su vida en el espíritu, dando al cuerpo sólo lo indispensable, así hay naciones que continúan aún aferradas á la lucha brutal, y naciones que espiritualizan la lucha y se esfuerzan por conseguir el triunfo ideal. Pero no hay cerebro ni corazón que se sostengan en el aire; ni hay idealismo que subsista sin apoyarse en el esqueleto de la realidad, que es, en último término, la fuerza. El hombre está organizado autoritariamente (aun cuando el centro no funcione), y todas sus creaciones son hechas á su imagen y semejanza: desde la familia hasta la agrupación innominada, que forma el concierto de las naciones, Europa ha representado siempre el centro unificador y director de la Humanidad, y esto ha podido lograrlo solamente ejerciendo violencia en los demás pueblos. Hay quien sueña, como usted, en el ani-

quilamiento de ese eterno régimen, y en que un día impere en el mundo, por su pura virtualidad, el ideal cristiano. ¿Por qué no soñar y entusiasmarse soñando en tan admirable anarquía?

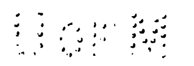
## IV

Quien haya leído sus artículos y lea ahora los míos, creerá seguramente que somos dos ideólogos sin pizca de sentido práctico, cuando con tanta frescura nos ponemos á hablar de los caracteres constitutivos de nuestra nación, sin parar mientes en los desastres que llueven sobre ella. Tanto valdría, se pensará, ponerse á meditar sobre las mareas en el momento crítico de un naufragio, cuando sólo queda tiempo para encomendarse á Dios antes de irse al fondo. No obstante, la tempestad pasa y las mareas siguen; y quién sabe si una misma razón no explicaría ambos fenómenos. Las ideologías explican los hechos vulgares, y si en España no se hace caso

de los ideólogos es porque éstos han dado en la manía de empolvarse y engomarse, de «academizarse,» en una palabra, y no se atreven á hablar claro por no desentonar, ni á hablar de los asuntos del día por no caer en lugares comunes. Sin duda ignoran que Platón cortó el hilo de uno de sus más hermosos diálogos para explicar cómo se quita el hipo, y que Homero no desdeñó cantar en versos de arte mayor cómo se asa un buey. Se puede ser correcto y hasta clásico explicando cómo se pierden las colonias.

Nosotros descubrimos y conquistamos por casualidad, con carabelas inventadas por los portugueses, llevando por hélice la fe y por caldera de vapor el viento que soplaba. Y al cabo de cuatro siglos nos hallamos con que en nuestros barcos no hay fe ni velas donde empuje el viento, sino maquinarias que casi siempre están inservibles. La invención del vapor fué un golpe mortal para nuestro poder. Hasta hace poco ni sabíamos construir un buque de guerra, y hasta

hace poquísimo nuestros maquinistas eran extranjeros. Al fin hemos vencido estas dificultades; pero tropezamos con otra: los buques necesitan combustible, y nosotros somos incapaces de concebir una estación de carbón. No tenemos alma, aunque se dice que somos desalmados, para incomodar á nadie metiéndole en su casa una carbonera, como hacen los ingleses, por ejemplo, en Gibraltar. Cuando perdamos nuestros dominios se nos podrá decir: aquí vinieron ustedes á evangelizar y á cometer desafueros; pero no se nos dirá: aquí venían ustedes á tomar carbón. Demos por vencida también la falta de estaciones propias para nuestros buques, y aún faltará algo importantísimo: dinero para costear las escuadras, el cual ha de ganarse explotando esas colonias que se trata de defender. Porque sería más que tonto comprar una escuadra formidable en el extranjero para enviarla á Filipinas, ó asegurar el negocio que allí hacen los mismos extranjeros. Más lógico es dejarse derrotar «heróicamente.» Acaso



la batalla más discretamente perdida, entre todas las de nuestra historia, sea esa batalla de Cavite, que usted, compañero Unamuno, comparaba en tono humorístico con la de Villalar.

No basta adaptar un órgano: hay que adaptar todo el organismo. En España sólo hay dos soluciones racionales para el porvenir: someternos en absoluto á las exigencias de la vida europea, ó retirarnos en absoluto también y trabajar para que se forme en nuestro suelo una concepción original, capaz de sostener la lucha contra las ideas corrientes, ya que nuestras actuales ideas sirvan sólo para hundirnos, á pesar de nuestra inútil resistencia. Yo rechazo todo lo que sea sumisión y tenga fe en la virtud creadora de nuestra tierra. Mas para crear es necesario que la nación, como el hombre, se recojan y mediten, y España ha de reconcentrar todas sus fuerzas y abandonar el campo de la lucha estéril, en el que hoy combate por un imposible, con armas compradas al enemigo. Nos ocurre como al aristócrata arruina-

do que trata de restaurar su casa solariega, hipotecándola á un usurero.

Nuestra colonización ha sido casi novelesca. La mayoría de la nación ha ignorado siempre la situación geográfica de sus dominios; le ha ocurrido como á Sancho Panza, que nunca supo dónde estaba la ínsula Barataria, ni por dónde se iba á ella, ni por dónde se venía, lo cual no le impidió dictar preceptos notables que, si los hubieran cumplido, hubieran dejado tamañitas á nuestras famosas Leyes de Indias, á las que tampoco se dió el debido cumplimiento, por lo mismo que eran demasiado buenas. Pero nadie nos quita el gusto de haberlas dado, para demostrar al mundo que si no supimos gobernar, no fué por falta de leyes, sino porque nuestros gobernados fueron torpes y desagradecidos.

Detrás de la antigua aristocracia vino la del progreso. El pueblo que antes pertenecía á un gran señor y era administrado por un mayordomo de manga ancha, cayó en las garras de un usurero; y el pueblo inocente que creía llega-

da una era de prosperidades, trabaja más y gana más y come lo mismo ó menos; y si algún infeliz se atreve á coger un brazado de leña en el monte, que antes estaba abierto para todos, no tarda en ser cogido por un guarda y enviado unos cuantos años á presidio. Este es el porvenir que le aguarda á nuestra población colonial, que cree cándidamente que han de venir gentes más activas á enriquecerla. Pero nada se gana con predicar á estas alturas. La humanidad, ella sabrá por qué, se ha dedicado á los negocios, y ahí está la causa de nuestra decadencia. Nosotros no tenemos capital para emprenderlos ni gran habilidad tampoco, y si emprendemos alguno nos olvidamos, por falta de espíritu previsor, de apoyarlo bien para que no fracase. Hay en Europa naciones que sostienen artificialmente con los productos que exportan varios millones de habitantes, que el suelo no podría nutrir; en España no llegan quizás á un millón los que viven de la exportación á Ultramar, y esos están hoy amenazados, y tal vez

se vean pronto obligados á buscar el pan en la emigración. Hemos podido ingeniarnos para conseguir la independencia económica, impuesta por nuestro carácter territorial, y dejándonos de libros de caballerías, atenernos á nuestro suelo, cuyas fuerzas naturales bastan para sostener una población mayor que la actual.

Así se hubiera evitado la guerra, porque esta guerra que se dice sostenida por honor es también, y acaso más, lucha por la existencia. La pérdida de las colonias sería para España un descenso en su rango como nación; casi todos sus organismos oficiales se verían disminuídos, y lo que es más sensible, la población disminuiría también á causa de la crisis de algunas provincias. Se puede afirmar que todos los intereses tradicionales y actuales de España salen heridos de la refriega; los únicos intereses que salen incólumes son los de la España del porvenir, á los que, al contrario, conviene que la caída no se prolongue más; que no sigamos eternamen-

te en el aire, con la cabeza para abajo, sino que toquemos tierra alguna vez.

Este gran problema que nos ha planteado la fatalidad, ha sido embrollado adrede por falta de valor para presentarlo ante España en sus términos brutales, escuetos, que serían: ¿quiere ser una nación modesta y ordenada y ver emigrar á muchos de sus hijos por falta de trabajo, ó ser una nación pretenciosa ó flatulenta y ver morir á muchos de sus hijos en el campo de batalla y en el hospital? ¿Qué cree usted, amigo Unamuno, que hubiera contestado España?

## V

Usted, amigo Unamuno, que es cristiano sincero, resolverá la cuestión radicalmente convirtiendo á España en una nación cristiana, no en la forma, sino en la esencia, como no lo ha sido ninguna nación en el mundo. Por eso acudía usted al admirable simbolismo del *Quijote*, y expresaba la creencia de que el ingenioso hidalgo recobrará muy en breve la razón y se morirá, arrepentido de sus locuras. Esta es también mi idea, aunque yo no doy la curación por tan inmediata. España es una nación absurda y metafísicamente imposible, y el absurdo es su nervio y su principal sostén. Su cordura será la señal de su acabamiento. Pero donde usted ve á Don

Quijote volver vencido por el caballero de la Blanca Luna, yo lo veo volver apaleado por los desalmados yangüeses, con quien topó por su mala ventura.

Quiero decir con esto que Don Quijote hizo tres salidas, y que España no ha hecho más que una y aún le faltan dos para sanar y morir. El idealismo de Don Quijote era tan exaltado, que la primera vez que salió en busca de aventuras se olvidó de llevar dinero y hasta ropa blanca para mudarse; los consejos del ventero influyeron en su ánimo, bien que vinieran de tan indocto personaje, y le hicieron volver pies atrás. Creyóse que el buen hidalgo, molido y escarmentado, no tornaría á las andadas, y por sí ó por no, su familia y amigos acudieron á diversos expedientes para apartarle de sus desvaríos, incluso el de murar y tapiar el aposento donde estaban los libros condenados; mas Don Quijote, muy solapadamente, tomaba mientras tanto á Sancho Panza de escudero, y vendiendo una cosa y empeñando otra, y malbaratándolas todas, reunía una

cantidad razonable para hacer su segunda salida más sobre seguro que la primera.

Este es el cuento de España. Vuelve ahora de su primera escapatoria para preparar la segunda; y aunque muchos españoles creamos de buena fe que se lo hemos de quitar de la cabeza, no adelantaremos nada. Y acaso sería más prudente ayudar á los preparativos de viaje, ya que no hay medio de evitarlo. Yo decía también que convendría cerrar todas las puertas para que España no se escape, y sin embargo, contra mi deseo, dejo una entornada, la de Africa, pensando en el porvenir. Hemos de trabajar, sí, para tener un período histórico español puro; mas la fuerza ideal y material que durante él adquiramos verá usted cómo se va por esa puerta del Sur, que aún seduce y atrae al espíritu nacional. No pienso al hablar así en Marruecos; pienso en toda Africa, y no en conquistas ni protectorados, que esto es de sobra conocido y viejo, sino en algo original, que no está al alcance cier-

tamente de nuestros actuales políticos. Y en esta nueva serie de aventuras tendremos un escudero, y ese escudero será el árabe.

Se me dirá que el Africa está ya repartida como pan bendito; pero también estuvo repartido el mundo ó poco menos entre España y Portugal, y ya ve usted á dónde hemos llegado. En nuestros días hemos visto aparecer varias doctrinas flamantes, como la de Monroe y la de la protección de interés, la de la ocupación efectiva y la del arrendamiento. Europa se arrienda á China en diversos lotes y se reparte el Africa, porque no estaba ocupado efectivamente. Y á esto no hay nada que objetar: si la propiedad privada se pierde por el abandono de la misma, ¿por qué no ha de perder una nación sus derechos soberanos sobre territorios que nominalmente se atribuye? Lo único que se puede decir es que ahora tampoco es efectiva la ocupación, y que lo que se llama *esfera de influencia* ó *hinterland* es, con nombre diverso, la misma soberanía nominal, hoy desusa-

da. No sé si usted es amante del Derecho, amigo Unamuno, y si se disgustará porque le diga que el Derecho es una mujerzuela flaca y tornadiza que se deja seducir por quien quiera que sepa sonar bien las espuelas y arrastrar el sable. Si España tuviera fuerzas para trabajar en Africa, yo, que soy un quídam, me comprometería á inventar media docena de teorías nuevas para que nos quedáramos legalmente con cuanto se nos antojara.

Ahora y antes el único factor efectivo que en Africa existe, aparte de los indígenas, es el árabe, porque es el que vive de asiento, el que tiene aptitud para aclimatarse y para entenderse con la raza negra de un modo más natural que el que emplean los misioneros, que introducen, según la frase de usted, el *fetichismo pseudo-cristiano*. El árabe habilitado y gobernado por un espíritu superior sería un auxiliar eficaz, el único para levantar á las razas africanas sin violentar su idiosincrasia. Los árabes dispersos por el Africa están obscureci-

dos y anulados en la apariencia por los europeos, porque éstos no saben entenderse con ellos; nosotros sí sabríamos. Actualmente la empresa es disparatada, pues sin contar nuestra falta de *dineros y camisas*, el antagonismo religioso lo echaría todo á perder. Pero ¿quién sabe lo que dirá el porvenir? ¡Utopia! ¿No le agradan á usted las utopias? «Sí, me agradan, me contestará usted; pero esa pasa de la marca: yo hablo en pro de la paz, y usted nos arma para nuevas guerras.» Si usted me dice que hay que despaganizar á Europa y destruir en ella los gérmenes de agresión, yo estoy con usted, porque el deseo es generoso y noble. Pero mientras la forma de la vida europea sea la agresión, y se proclame moribundas á las naciones que no atacan y aun se piensa en descuartizarlas y repartírselas, la paz en una sola nación sería más peligrosa que la guerra. La nación más cristiana, por temperamento, ha sido la judáica, y tiene que vivir, como quien dice, con los trastos á cuestas. Así, pues, España, encerrada en su te-

rritorio, aplicada á la restauración de sus fuerzas decaídas, tiene por necesidad que soñar en nuevas aventuras; de lo contrario, el amor á la vida evangélica nos llevaría en breve á tener que alzarnos en armas para defender nuestros hogares contra la invasión extranjera. El espíritu territorial independiente movió á las regiones españolas á buscar auxilio fuera de España, y ese mismo espíritu, indestructible, obligará á la nación unida á buscar un apoyo en su continente africano para mantener ante Europa nuestra personalidad y nuestra independencia.

JUN 8 - 1915

---

# LIBRERÍA GENERAL DE VICTORIANO SUÁREZ

**Preciados, 48—MADRID**

**Alarcón** (Pedro).—Diario de un testigo de la guerra de Africa. Tercera edición. Dos tomos en 8.°, 8 pesetas.
— De Madrid á Nápoles. Dos tomos en 8.°, 8 pesetas.
— Poesías. Un tomo en 8.°, 4 pesetas. (Agotadas.)
— El sombrero de tres picos. Un tomo en 8.°, 3 pesetas.
— El Escándalo. Un tomo en 8.°, 4 pesetas.
— El Niño de la Bola. Un tomo en 8.°, 4 pesetas.
— El Final de Norma. Un tomo en 8.°, 4 pesetas.
— El Capitán Veneno. Un tomo en 8.°, 3 pesetas.
— La Pródiga. Un tomo en 8.°, 4 pesetas.
— Novelas cortas. Tres tomos en 8.°, 12 pesetas.
— Cosas que fueron. Un tomo en 8.°, 4 pesetas.
— Juicios literarios. Un tomo en 8.°, 4 pesetas.
— La Alpujarra. Un tomo en 8.°, 5 pesetas.
— Viaje por España. Un tomo en 8.°, 4 pesetas.
— Ultimos escritos. Un tomo en 8.°, 4 pesetas.
**Alfaro.**—La cruz y la golondrina. 1 peseta,
**Al pie de la Torre de los Lujanes.**—Contestación á las cartas de Doña Emilia Pardo Bazán.—Al pie de la Torre Eiffel. 0,50 pesetas.
**Amicis** (E.)—Italia. Dos tomos, 6 pesetas.
— Marruecos. Un tomo, 3,50 pesetas.
— Novelas. Un tomo, 3 pesetas.
— Páginas sueltas. Un tomo, 3 pesetas.
— Poesías. Un tomo, 3,50 pesetas.
— Recuerdos (1870-71). Un tomo, 3 pesetas.
— Recuerdos de París y Londres. Un tomo, 2,50 pesetas.
— Retratos literarios. Un tomo, 3 pesetas.
*A muertos y á idos no hay parientes ni amigos*, ó la Marquesa de Oveda. Un tomo en 8.°, 1,50 pesetas.
**Arpas amigas.** Colección de poesías originales de los señores F. Sellen, A. Sellen, E. J. Varona, E. Borrero

Echeverría, D. V. Tejera, L. V. Betancourt y J. V. Zequeira: Habana, 1879. 1 peseta.

**Arpa y López** (Salvador).—Historia compendiada de la Literatura española (literatura histórica). Un tomo en 8.°, tela, 7 pesetas.

— Manual de Estética y teoría del Arte. Segunda edición: Madrid, 1895. Un tomo en 8.°, 1 peseta.

**Balzac**.—La comedia humana. Comprende: La casa del gato que perotea.—El baile de Sceaux.—La bolsa. Dos tomos en 8.° (ilustrados), 4 pesetas.

**Baralt**.—Diccionario de galicismos, ó sea de las voces, locuciones y frases de la lengua francesa que se han establecido en el habla castellana, con el juicio crítico y prólogo de D. Juan E. Hartzenbusch: Madrid, 1890. Un tomo en 4.°, 9 pesetas.

**Berthold Anerbach**.—Benito Espinosa. Novela traducida por U. González Serrano. Un tomo en 8.°, 2 pesetas.

**Besteiros**.—La Psicofísica: Madrid, 1897. Un tomo en 8.°, 2,50 pesetas.

**Blanco García**.—La literatura española en el siglo XIX, por el P. Francisco Blanco García, agustino, Profesor en el Real Colegio de El Escorial: Madrid, 1891-92. Tres tomos en 4.°, 16 pesetas.

**Bobadilla** (Emilio), *Fray Candil*.—Fiebres: Madrid, 1889. Un tomo en 8.°, 2 pesetas.

— Solfeo (Crítica y sátira): Madrid, 1894. Un tomo en 8.°, 3,50 pesetas.

— Novelas en germen: Madrid, 1900. Un tomo en 8.°, 2 ptas.

— Vórtice. Poesías, Carta-prólogo de José María de Heredia: Madrid, 1902. Un tomo en 8.°, 3 pesetas.

— Grafomanos de América (Patología literaria), tomo I: Madrid, 1902. En 8.°, 3 pesetas.

— A fuego lento: Barcelona, 1903. 3 pesetas.

**Brown**.—Viaje sobre una ballena. 1 peseta.

**Bugallal y Araujo** (Isidoro).—Suiza española.—Paseando por Galicia: Madrid, 1903. Un tomo en 8.°, 2 pesetas.

**Cabezón** (E.)—Coplas alegres. Un tomo en 8.°, 2 pesetas.

**Calderón Arana.**—Movimiento novísimo de la filosofía natural en España. 2 pesetas.

**Campoamor** (Ramón).—Los pequeños poemas. Contienen:

— El tren expreso.—La novia y el nido.—Los grandes problemas.—Dulces cadenas. Un tomo, 1 peseta.

— Historia de muchas cartas.—El quinto, no matar.—La calumnia.—Don Juan. Un tomo, 1 peseta.

— Las tres rosas.—Dicha sin nombre.—Las flores vuelan. Un tomo, 1 peseta.

— El trompo y la muñeca.—La gloria de los Austrias.—Los amores de la luna.—La música.—La lira rota. Un tomo, 1 peseta.

— Los caminos de la dicha.—Por dónde viene la muerte.—El amor y el río Piedra. 1 peseta.

— Los buenos y los sabios.—Los amoríos de Juana.—Utilidad de las flores. Un tomo, 1 peseta.

— El amor ó la muerte.—Cómo rezan las solteras.—El anillo de boda.—La orgía de la inocencia.—Los amores de una santa. 1 peseta.

Los veintisiete poemas comprendidos en estos siete tomitos también se venden en un volumen, al precio de 5 pesetas.

— Poesías y fábulas (quinta edición). Contiene: Ternezas y flores.—Ayes del alma. Un tomo en 8.° mayor, 4 pesetas.

— El drama universal, poema en ocho jornadas (tercera edición). 3 pesetas.

— Colón, poema, con un prólogo de D. Severo Catalina (nueva edición diamante). 3 pesetas.

— Epístola necrológica de D. Luis González Brabo. 1 peseta.

— El palacio de la verdad, comedia en tres actos. 2 pesetas.

— Guerra á la guerra, dolora dramática. 1 peseta.

— Dies iræ, drama. 1 peseta.

— Cuerdos y locos, comedia en tres actos. 2 pesetas.

— El honor, comedia en tres actos. 2 pesetas.

— Glorias humanas, drama en un acto. 1 peseta.

**Campoamor** (Ramón).—Pensamientos, extracto de sus primeras obras. 1,50 pesetas.

— Poética. 1,50 pesetas.

En prosa:

— Polémicas con la democracia (segunda edición aumentada). Un tomo en 8.° mayor, 3 pesetas.

— Cánovas. 1 peseta.

**Chaves.**—Recuerdos de Madrid viejo. 2 pesetas.

**Chismes de teatro** (cómicos y danzantes). 0,50 pesetas.

**Colección Calon.**—Volumen I. **Blanco Belmonte:** Alma de niños. 0,75 pesetas.—Volumen II. **Romano:** Horas grises. 0,75 pesetas.—Volumen III. **Real y Rodrigo:** Frivolidades. 0,75 pesetas.—Volumen IV. **Acebal:** De mi rincón. 0,75 pesetas.

**Coronado** (Carolina).—La Sigea, novela. Dos tomos, 3 ptas.

— El Príncipe Carlos. 2 pesetas.

**Dante.**—La Divina Comedia. Un tomo en 8.°, 2 pesetas.

— El Infierno. Traducción de Bartolomé Mitre. Composiciones de Cornillier y grabados al aguafuerte por Abot.—La Divina Comedia. Juicios críticos sobre el ensayo de traducción del *Infierno del Dante*, por Bartolomé Mitre: Buenos Aires, 1891. Dos tomos en 4.°, 40 pesetas.

**Danvila** (Alfonso).—Luisa Isabel de Orleans y Luis I (historia): Madrid, 1903. Un tomo en 8.°, 3,50 pesetas.

— Don Cristóbal de Moura, primer Marqués de Castel-Rodrigo, 1538-1613: Madrid, 1900. Un tomo en 4.°, 20 pesetas.

— Lully Arjona (novela): Madrid, 1901. Un tomo en 8.°, 3,50 pesetas.

— La conquista de la elegancia (novela): Madrid, 1901. Un tomo en 8.°, 3,50 pesetas.

— Odio (novelas cortas): Madrid, 1903. Un tomo en 8.°, 3,50.

— Cuentos de Infantas (novela): Madrid, 1905. Un tomo en 8.°, 3,50 pesetas.

— Nina la loca. Comedia en tres actos y en prosa: Madrid, 1903. 2 pesetas.

**Dickens.**—La voz del campanario. En 16.°, 0,50 pesetas.

**Dickens.**—Almacén de antigüedades. Traducción directa del inglés, bajo la dirección de José de Caso y Blanco: Madrid, 1886. Dos tomos en 8.°, 6 pesetas.

— Cuentos escogidos. 1 peseta.

**Duque de Rivas.**—Discursos, cartas y otros escritos: Madrid, 1903. Un tomo en 8.°, 4 pesetas.

— Nuevos cuadros de la fantasía y de la vida real: Madrid, 1903. Un tomo en 8.°, 2,50 pesetas.

**Fernando de Gabriel y Ruiz de Apodaca.**—Poesías: Madrid, 1884. Un tomo en 8.°, 4 pesetas.

**Ferrer del Río.**—Galería de la Literatura española, con los retratos de Quintana, Lista, Gallego, Toreno y Martínez de la Rosa. Un tomo en 4.°, 5 pesetas.

— Album literario español. Esta obra comprende una colección de artículos y poesías de nuestros más célebres escritores contemporáneos, y forma la segunda parte de la Galería de la Literatura española. 4 pesetas.

**Fiesta española** (La).—Album del toreo, con 21 láminas que representan desde el encierro hasta el arrastre del toro por las mulas. 2 pesetas.

**Frontaura.**—Galería de matrimonio. Dos tomos con 258 grabados, 7 pesetas.

**Funes** (Enrique).—Declamación española (La). Bosquejo histórico-crítico: Sevilla, 1893. Un tomo en 4.°, 5 pesetas.

— Segismundo. Estudio crítico, 1899. En 8.°, 2 pesetas.

— Don Alvaro ó la fuerza del sino. Estudio crítico, 1899. En 8.°, 1,50 pesetas.

— El mejor juez, la conciencia. Monólogo en prosa, 1903. 1 peseta.

**Ganivet** (Angel).—Idearium Español. (Segunda edición.) Un tomo en 8.°, 2 pesetas.

— La conquista del Reino de Naya, por el último conquistador español Pío Cid. Un tomo en 8.° mayor, 3 pesetas.

— Los trabajos del infatigable creador Pío Cid. Dos tomos en 8.° mayor, 6 pesetas.

**Ganivet** (Angel).—Epistolario. Prólogo de F. Navarro y Ledesma. Un tomo, 3,50 pesetas.

— El escultor de su alma. Drama místico en tres actos. 2 pesetas.

— Granada la bella. Un tomo en 8.°, 1,50 pesetas.

— Hombres del Norte.—El porvenir de España. Un tomo, 1,50 pesetas.

**Garcés.**—Fundamento del vigor y elegancia de la lengua castellana, expuesto en el propio vario uso de sus partículas: Madrid, 1886. Un tomo en 4.°, 10 pesetas.

**Genlis.**—Las veladas de la Quinta. Dos tomos en 8.°. con grabados, 4 pesetas.

**Giner (F.),** Profesor en la Universidad de Madrid y en la Institución libre de Enseñanza.—La persona social. Estudios y fragmentos: Madrid, 1899. Un tomo en 4.°, 5 pesetas.

**Gómez de Arteche** (José).—Nieblas de la historia patria. Segunda serie.—El Marqués de Torrecusso.—Un proyecto estupendo.—El alcalde de Olivar: Madrid, 1876. Un tomo en 16.°, 2 pesetas.

**Groizar.**—Cuentos y leyendas. 1,50 pesetas.

**Guichot y Sierra** (Alejandro).—La montaña de los ángeles. Monografía histórico-crítica, descriptiva, expositiva, en narrativa, crítica, democrática: Sevilla, 1896. Un tomo 4.°, 2 pesetas.

**Homenaje á D. Francisco Codera** en su jubilación del profesorado.—Estudios de erudición oriental con una introducción de D. Eduardo Saavedra: Zaragoza, 1904. Un tomo en 4.° mayor, esmerada edición, 15 pesetas.

**Homenaje á Menéndez y Pelayo.**—Estudios de erudición española, con un prólogo de D. Juan Valera: Madrid, 1899. Dos tomos en 4.°, 30 pesetas.

Entre otros muchos colaboran:

C. de la Viñaza: Obras gramaticales de Gonzalo Correas.—Fernández Llera: Etimología de *fatilado.*—L. Eguílaz: Notas etimológicas al *Quijote*.—F. de Haan: Pí-

caros y ganapanes.—R. Menéndez Pidal: El Romancero de Fernán González.—P. Rajna: A Roncisvalle.—E. Böhmer: Alfonsi Valdesii litteræ.—E. Hinojosa: El derecho en el Poema del Cid.—C. Michaelis: Uma obra inédita do Condestavel D. Pedro de Portugal.—A. Farinelli: Cuatro palabras sobre D. Juan y la literatura donjuanesca.—A. Morel-Fatio: Cartas de Mondéjar á Baluze.—J. R. Lomba: El Rey D. Pedro en el teatro.

**Hugo** (Víctor).—Ruy Blas, poema dramático. 0,50 pesetas.

**Isla.**—Aventuras de Gil Blas de Santillana, continuada por el mismo autor, y con todos los escritos en prosa y verso. Dos tomos en 4.°, con láminas, 10 pesetas.

**Jiménez y Hurtado.**—Cuentos españoles, seguidos de un estudio sobre los trajes, armas, mobiliario, instrumentos, medios de conducción, fauna, costumbres y estado social del siglo XVIII. Un tomo en 8.°, 2,50 pesetas.

**Kaemfen.**—La taza de té. 1 peseta.

**Lacordaire.**—Historia de un alma, por el Barón de Hortega, Académico Profesor de la Real de Jurisprudencia. Madrid, 1895. Un tomo en 8.°, 4 pesetas.

**Lasso de la Vega y Argüelles.**—La danza de la muerte en la poesía castellana. Un tomo en 16.°, 1 peseta.

**Legouvé** (E).—El arte de la lectura. Traducción de la última edición francesa, por D. Manuel Sales Ferré: Madrid, 1901. Un tomo en 8.°, 3 pesetas.

**Leguina.**—Recuerdos de Cantabria.—Somorrostro.—Bejoris.—La pesca en la costa.—La iglesia de la Lata.—Noticia de algunas fiestas públicas celebradas en Santander. 1,50 pesetas.

— Arte antiguo.—La plata española (apuntes): Madrid, 1894. Un tomo en 16.°, 4 pesetas.

— Espadas históricas (apuntes reunidos): Madrid, 1898. Un tomo en 16.°, 4 pesetas.

**Lomba y Pedraja** (J. R.)—El P. Arolas, su vida y sus versos. Estudio crítico: Madrid, 1898. Un tomo en 4.°, 4 pesetas.

**Lomba y Pedraja** (J. R.)—Vida y arte. Esbozos de psicología literaria: Madrid, 1902. Un tomo en 16.°, 2 pesetas.

**Luceño y Becerra.**—Esperanzas y recuerdos. Ensayos poéticos. Un tomo en 16.°, 1,50 pesetas.

**Manteli.**—Aránzazu, leyenda escrita sobre tradiciones vascongadas. Un tomo en 4.°, 3 pesetas.

**Martínez Kleiser.**—Ensayo de novela. Rarezas, costumbres modernas: Madrid, 1904. Un tomo en 8.°, 1 peseta.

**Masonería por dentro** (La).—Colección de los artículos que sobre esta materia publicó *El Siglo Futuro*. Un tomo 8.°, 2 pesetas.

**Mata.**—Nuevo arte de auxiliar la memoria. Un tomo en 8.°, 2,50 pesetas.

**Mayans y Siscar.**—Orígenes de la lengua española, compuesta por varios autores: Madrid, 1873. Un tomo en 4.°, 8 pesetas.

**Montero Ríos** (Eugenio).—Proyecto de ley de organización y atribuciones de los Juzgados y Tribunales del Fuero común en España. Edición oficial: Madrid, 1904. Un tomo en 4.°, 2 pesetas.

**Montoro.**—Principios de moral é instrucción cívica, por Rafael Montoro. Obra adaptada á la enseñanza por el Dr. Carlos de la Torre y Huerta: Habana, 1902. Un tomo en 8.°, encuadernado en tela, 5 pesetas.

**Mora** (Joaquín).—Poesías. Un tomo en 4.°, 5 pesetas.

**Morales** (G.)—De mi huerto.—El Doctor Santos.—El último idilio.—El ángel triste.—El collar de perlas. Un tomo en 4.°, ilustrado, 3 pesetas.

**Moreno.**—Esgrima española (Apuntes para su historia). Prólogo de D. A. Saint-Aubin. Tercera edición corregida y aumentada: Madrid, 1904. Un tomo en 8.°, 3 ptas.

**Moreno de la Tejera.**—El nudo gordiano. Novela de costumbres: Madrid, 1879. Dos tomos en 4.°, con láminas, 12 pesetas.

**Mosén Perogrul.**—Insomnios. 2 pesetas.

**Núñez de Arce.**—Gritos del combate. Poesías y discurso

sobre la poesía contemporánea. Undécima edición, con prólogo de D. José Echegaray: Madrid, 1904. Un tomo en 8.°, 4 pesetas.

**Olavarría Huarte** (E. de).—Tradiciones de Toledo. Segunda edición: Madrid, 1880. Un tomo en 8.°, 2,50 pesetas.

**Palacio** (Eduardo).—El Garbanzo. Cuadros históricos contemporáneos, precedidos de una explicación, catálogo ó prólogo por D. Enrique Pérez Escrich. Un tomo en 8.°, 1 peseta.

**Palacio Valdés** (Armando).—Obras:

— Aguas fuertes. Novelas y cuadros. Un tomo en 8.°, 3 pesetas.

— El capitán Ribot. Un tomo en 8.°, 4 pesetas.

— El maestrante. Un tomo en 8.°, 4 pesetas.

— El origen del pensamiento. Un tomo en 8.°, 4 pesetas.

— La fe. Un tomo en 8.°, 4 pesetas.

— Los majos de Cádiz. Un tomo en 8.°, 4 pesetas.

— La aldea perdida. Un tomo en 8.°, 4 pesetas.

Obras completas publicadas:

Tomo I.—El idilio de un enfermo. Un tomo en 8.°, 4 pesetas (con el retrato del autor).

Tomo II.—Marta y María. Un tomo en 8.°, 4 pesetas.

Tomo III.—El señorito Octavio. Un tomo en 8.°, 4 pesetas.

Tomo IV.—La hermana San Sulpicio. Un tomo en 8.°, 4 ptas.

Tomo V.—Riverita. Un tomo en 8.°, 4 pesetas.

Tomo VI.—Maximina. Segunda parte de Riverita. Un tomo en 8.°, 4 pesetas.

Tomo VII.—La espuma. Un tomo en 8.°, 4 pesetas.

Tomo VIII.—José. Un tomo en 8.°, 4 pesetas.

Tomo IX.—Cuarto poder. Un tomo en 8.°, 4 pesetas.

**Palet y Villalva.**—Carlota Didier (una página de 1793). Madrid, 1873. Un tomo en 8.°, con el retrato de Carlota, 1 peseta.

**Pelos y señales** (boceto crítico de Maruja). Poema leído en el Ateneo por D. Gaspar Núñez de Arce, por el Bachiller Juan de Lima: Madrid, 1886. 1 peseta.

**Pereda** (José M. de), de la Real Academia española.—Obras completas.

Diez y seis tomos, que se venden á 4 pesetas cada uno en Madrid y Santander, y á 4,50 en el resto de España. Van publicados los siguientes:

I.—Los hombres de pró, con el retrato del autor y un estudio crítico sobre sus obras, por D. Marcelino Menéndez y Pelayo (tercera edición de las obras completas).
II.—El buey suelto... (tercera edición).
III.—Don Gonzalo González de la Gonzalera (tercera edición).
IV.—De tal palo, tal astilla (tercera edición).
V.—Escenas montañesas (tercera edición).
VI.—Tipos y paisajes (segunda edición).
VII.—Esbozos y rasguños (segunda edición).
VIII.—Bocetos al temple. Tipos trashumantes (segunda edición).
IX.—Sotileza (tercera edición).
X.—El sabor de la tierruca (segunda edición).
XI.—La puchera (segunda edición).
XII.—La Montálvez (segunda edición).
XIII.—Pedro Sánchez (segunda edición).
XIV.—Nubes de estío (segunda edición).
XV.—Peñas arriba (tercera edición).
XVI.—Al primer vuelo.

Fuera de la colección:

Discursos leídos por los Sres. Menéndez y Pelayo, Pereda y Pérez Galdós, ante la Real Academia Española, en las recepciones públicas verificadas los días 7 y 21 de Febrero de 1897. Un tomo en 8.°, 2 pesetas.

— Tipos trashumantes, edición elegantemente ilustrada. Un tomo en 4.°, 5 pesetas.

**Pérez Nieva** (Alfonso).—Mi muerta (poesías): Madrid, 1903. 2 pesetas.

— Un viaje á Asturias pasando por León: Madrid, 1895, 2,50 pesetas.

**Pérez Zúñiga** (Juan).—Música ratonera (poesías): Madrid, 1901. Un tomo en 8.°, 1 peseta.
— Galimatías (artículos cómicos): Madrid, 1900. Un tomo en 8.°, 3 pesetas.
— Viajes morrocotudos. En busca del *Trifinus melancolicus*. Cuatro jornadas en cuatro volúmenes, 8 pesetas. (Se venden sueltas.)
— Camelario Zaragatono para el presente año, con monos de Xaudaró: Madrid, 1903. Un tomo en 8.°, 2 pesetas.
— Amantes célebres puestos en solfa: Madrid, 1903. Un tomo en 8.°, 2 pesetas.
— Tipos raros. Artículos festivos. 1 peseta.
— Doña Tecla en Pomotu. Aventuras novelescas. 2 pesetas.
— Sin pies ni cabeza. Artículos y poesías. 1 peseta.
**Prévost.**—Historia de Mariquita Lescaut y del caballero de Crieux. Un tomo en 8.°, 1 peseta.
**Ponson du Terrail.**—Los amores de Aurora. Un tomo en 8.°, 2 pesetas.
— La justicia de los bohemios. 2 pesetas.
— El diamante del comendador. 1,50 pesetas.
— La venganza de una esposa ó el pacto de sangre. Dos tomos en 4.°, con láminas, 9 pesetas.
**Posada** (Adolfo), Profesor de la Universidad de Oviedo.—Ideas pedagógicas modernas, con un prólogo de Leopoldo Alas: Madrid, 1892. Un tomo en 8.° mayor, 3 pesetas.
**Puig Pérez.**—Coplas y quejas. 0,75 pesetas.
**Quevedo Villegas.**—Política de Dios.—Gobierno de Cristo. Con privilegio en Madrid, 1626; reimpreso en 1868. Dos tomos en 8.°, 3 pesetas.
**Ribot.**—Psicología alemana contemporánea. Traducida por F. Martínez Conde, Profesor de Psicología. Un tomo en 8.° mayor, 3,50 pesetas.
**Rivas.**—La ranchera del Jamapa (historia veracruzana). Poema por José Pablo Rivas: Madrid, 1904. 1 peseta.
**Roca de Togores y Saravia** (José).—Realidades é ideales, 1 peseta.

**Roda** (Arcadio).—Los oradores griegos. Lecciones explicadas en el Ateneo de Madrid, 1872 y 73. Un tomo en 8.°, 2,50 pesetas.

— Los oradores romanos. Lecciones explicadas en el Ateneo de Madrid, 1873 y 74. Un tomo en 8.°, 2,50 pesetas.

— Breves noticias sobre la vida literaria y política de Cánovas del Castillo. 1 peseta.

— Ensayo sobre la opinión pública. Madrid, 1870. Un tomo en 4.°. 3 pesetas.

**Romea.**—Cosas del mundo. Ensayos en verso, precedidos de un prólogo de D. R. de Campoamor. En 16.°, 2 pesetas.

**Romero Larrañaga.**—Poesías, publicadas bajo los auspicios del Liceo artístico y literario de Madrid. Un tomo en 8.°, 3 pesetas.

— Amar con poca fortuna. Novela fantástica, en verso. Un tomo en 8.°, 3 pesetas.

**Ruizgómez** (Andrés).—Silvestre del todo. Novela festiva. 1 peseta.

**Saint-Germain.**—El arte de ser desgraciado (leyenda), traducido de la quinta edición por D. N. Climent: Madrid, 1864. 1 peseta.

**Sáiz y Otero,** Profesora de la Escuela Normal de Maestras, y **González Serrano,** Catedrático del Instituto de San Isidro.—Cartas pedagógicas.—Ensayos de psicología pedagógica. Un tomo en 8.°, 4 pesetas.

**Sales Mayo.**—El gitanismo: historia, costumbres y dialecto de los gitanos, con un epítome de Gramática gitana y un diccionario caló-castellano, por D. Francisco Quindalé: Madrid, 1870. Un tomo en 8.°, 1,50 pesetas.

**Saldías** (Adolfo).—Cervantes y el Quijote: Buenos Aires, 1903. Un tomo en 8.° mayor, 4 pesetas.

**Sanchis** (Vicente), *Miss-Teriosa.*—Redimida. Estudio social contemporáneo: Madrid, 1902. Un tomo en 4.°, 4 ptas.

— Isolda: San Sebastián, 1898. Un tomo en 4.°, 4 pesetas.

— Chasquidos de tralla.—Historias íntimas.—Siluetas fin

de siglo: San Sebastián, 1897. Un tomo en 4.°, 4 pesetas.

**Sanchis** (Vicente).—Villa-Venus.—La vida alegre en Biarritz: Madrid, 1903. Un tomo en 4.°, ilustrado, 4 pesetas.

— La granujería andante.—La política en camisa.—La moral... disparada: Madrid, 1900. Un tomo en 4.°, 4 ptas.

**Sand** (Jorge).—La copa. Cuentos de hadas, 0,50 pesetas.

**San Martín.**—La hostería de Cantillana: Madrid, 1902. Un tomo en 4.°, 3,50 pesetas.

**Sanz y Escartín.**—El individuo y la reforma. Estudio completo de las cuestiones palpitantes, morales y sociológicas de nuestros días. Tercera edición: Barcelona, 1900. Un tomo en 8.°, 2 pesetas.

— La moneda y el cambio en España: Madrid, 1905. Un tomo en 8.°, 1 peseta.

**Sbarbi** (José M.), de la Real Academia de Bellas Artes.—In illo tempore, y otras frioleras. Bosquejo cervantino ó pasatiempo quijotesco: Madrid, 1903. Un tomo en 8.°, 4.

— Ambigú literario: Madrid, 1897. Un tomo en 8.°, con el retrato del autor, 4 pesetas.

— Monografía sobre refranes, adagios y proverbios castellanos. Obra premiada en 1871: Madrid, 1891. Un tomo en 4.° mayor, 10 pesetas.

**Schack.**—Historia de la literatura y del arte dramático en España, por Adolfo Federico, Conde de Schack, traducida del alemán al castellano por Eduardo de Mier: Madrid, 1885-87. Cinco tomos en 8.°, 25 pesetas.

**Sechi** (El P. A.), Director del Observatorio del Colegio Romano.—El sol. Traducido por A. García. Dos tomos en 8.°, con láminas, 10 pesetas.

**Silvio.**—El proceso del siglo ó los grandes criminales. Novela crítico-filosófica social: Madrid, 1892. Dos tomos en 4.°, 10 pesetas.

**Sobrón.**—Los idiomas de la América latina. Estudios biográfico-bibliográficos: Madrid, 1878. Un tomo en 8.°, 2.

**Somoza.**—Obras en prosa y verso de D. José Somoza, con

notas, apéndices y un estudio preliminar por D. José R. Lomba y Pedraja: Madrid, 1905. Un tomo en 4.°, 10 pesetas.

**Suárez Bravo.**—En la brecha.—Hombres y cosas del tiempo. Un tomo en 8.°, 3 pesetas.

— España demagógica.—Cuadros disolventes. Un tomo en 8.°, 2 pesetas.

**Taboada.**—Madrid en broma, con grabados. 3,50 pesetas.

— La vida cursi, con grabados. 3,50 pesetas.

— Siga la fiesta, con grabados. 3,50 pesetas.

— Caricaturas, con grabados. 3,50 pesetas.

— Titirimundi, con grabados. 3,50 pesetas.

**Tirso de Molina.**—Cuentos, fábulas, descripciones, diálogos, máximas y apotegmas y dichos agudos, etc., etc. Un tomo en 8.°, 2,50 pesetas.

— Teatro escogido antiguo español de Fr. Gabriel Téllez. Doce tomos en 8.°, 40 pesetas.

**Valbuena** (Miguel de Escalada).—Ripios aristocráticos (sexta edición). Un tomo en 8.°, 3 pesetas.

— Ripios académicos (tercera edición). Un tomo en 8.°, 3.

— Ripios vulgares (segunda edición). Un tomo en 8.°, 3 pts.

— Ripios ultramarinos (montón 1.°, 2.° y 3.°, segunda edición; el montón 4.° nuevo, con el retrato del autor). Cuatro tomos en 8.°, 12 pesetas. Encuadernados en tela, 15. (Se venden separados.)

— Fe de erratas del Diccionario de la Academia (tercera edición). Cuatro tomos en 8.°, 12 pesetas. (Se venden separados.)

— Des-trozos literarios. Un tomo en 8.°, 3 pesetas.

— Agua turbia. Novela (segunda edición). Un tomo en 8.°, 3 pesetas.

— La Condesa de Palenzuela. Novela.—¡A buen tiempo! Novela.—Inconsecuencia. Novela.—La prueba de indicios. Novela.—Metamorfosis. Novela. Estas cinco novelas en un tomo en 8.° con el título de Novelas menores, 3 pesetas.

**Valbuena** (Miguel de Escalada.)—Rebojos (zurrón de cuentos humorísticos), segunda edición. Un tomo en 8.°, 3 pesetas.
— Parábolas. Un tomo en 8.° con el retrato del autor, 3 ptas.
— Capullos de novela (segunda edición). Un tomo en 8.°, encuadernado en tela, 4 pesetas.
— Agridulces políticos y literarios. Dos tomos en 8.°, 6 pesetas. (Se venden separados.)
— Ripios geográficos. Un tomo en 8.°, 3 pesetas.
— Historia del corazón. Idilio. Agotada.
— Don José Zorrilla (biografía crítica). 1 peseta.
— Pedro Blot. Traducción de Paul Feval. 2 pesetas.
— Cuentos de afeitar. Edición ilustrada. 2 pesetas.
— Sobre el origen del río Esla (con un mapa). 2 pesetas.
— El beato Juan de Prado. (En preparación.)
— Imitación de Cristo, de Kempis. Traducción del latín. (Idem.)
— Diccionario de la lengua castellana. (Idem.)
— Ratoncito Nosemás. Novela. (Idem.)

**Verdes Montenegro.**—Campoamor. Estudio literario: Madrid, 1887. Un tomo en 8.°, 1 peseta.

**Villar y Macías.**—Ecos del arpa. Colección de poesías y leyendas. Un tomo en 4.°, 4 pesetas.

**Z*...**—Castellanos y vascongados. Tratado breve de una disputa y diferencia que hubo entre dos amigos, el uno castellano, de Burgos, y el otro vascongado, en la villa de Potosí, reino del Perú, documento hasta ahora inédito. Un tomo en 8.°, 2,50 pesetas.

**Zorrilla** (José).—Poesías. Lecturas hechas en el Ateneo científico y literario de Madrid y en el teatro de Jovellanos en 1877. Un tomo en 8.°, 3 pesetas.
— Granada. Poema oriental. Nueva edición. 1895. Dos tomos en rústica, 8 pesetas, y 10 en tela.

---

**Los precios marcados son para Madrid y á la rústica.**

## EL INGENIOSO HIDALGO

# DON QUIJOTE DE LA MANCHA

COMPUESTO POR

**Miguel de Cervantes Saavedra**

PRIMERA EDICIÓN CRÍTICA

Con variantes, notas y el Diccionario de todas las palabras usadas en la inmortal novela

POR

D. CLEMENTE CORTEJÓN

DIRECTOR Y CATEDRÁTICO DE HISTORIA DE LA LITERATURA EN EL INSTITUTO GENERAL Y TÉCNICO DE BARCELONA

Esta obra constará de ocho tomos, seis de texto y notas de *Don Quijote* y dos de Diccionario.

El tomo primero se compone de CLXVI-309 páginas en 4.º mayor, con facsímiles y tres grandes cuadros de variantes: su precio, 20 pesetas en Madrid y 21 en provincias, franco y certificado.

El tomo segundo en prensa, y su precio, así como el de los sucesivos, no excederá del marcado en el primero.

